

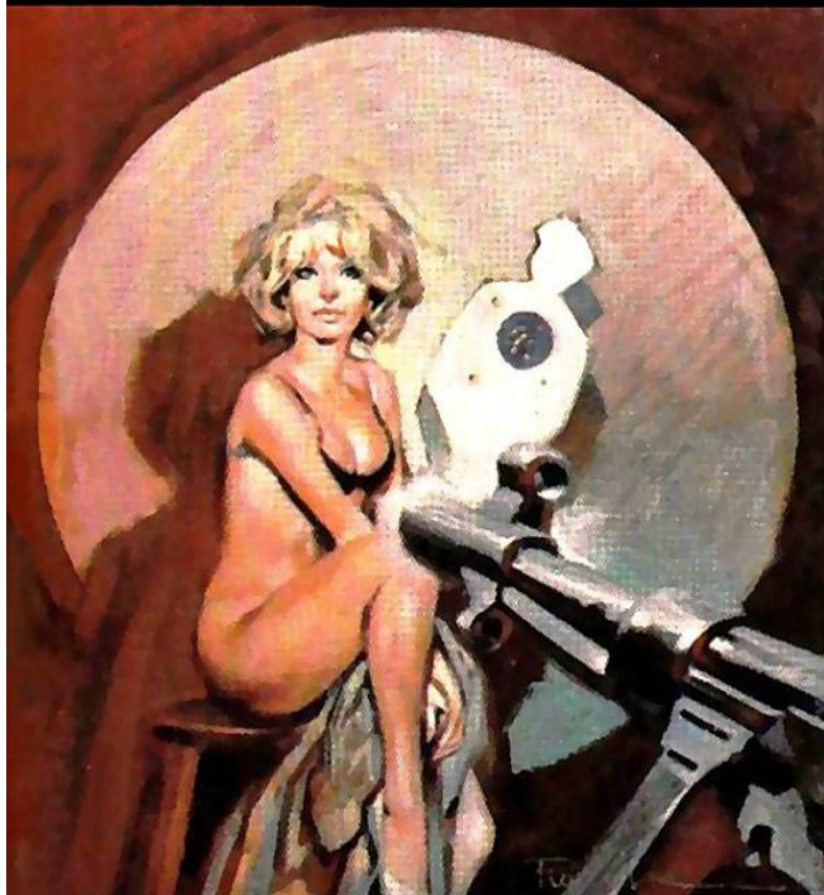
BOLSILLOS DRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

CURSO DE ASESINATO ACELERADO

Adam Surray



SS

SERVICIO SECRETO



ADAM SURRAY

CURSO DE ASESINATO ACELERADO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.394
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 6.346 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1977

© Adam Surray - 1977
Texto

© Alberto Pujolar - 1977
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.357 - Murder Films, S. A.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 - El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

769 - Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

734 - Prohibido asesinar: coto privado.

En Colección COLORADO:

829 - Un caballo, un «Colt» y una mujer.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

258 - Más allá de la venganza.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

307 - Juez y verdugo.

CAPÍTULO PRIMERO

Phillip Jackson.

Ése es mi nombre.

Un tipo con mala estrella.

Me encuentro en una comarcal. A más de cincuenta millas de Chicago. Con un sol de fuego sobre mi cabeza. Acabo de perder el autocar Buttonsville-Chicago por cuestión de segundos. El próximo servicio pasará dentro de seis horas.

Dos años soñando con tomar ese autobús.

Y lo pierdo.

Así soy yo.

Queda el recurso del *auto-stop*, pero dudo que dé resultado. Estoy junto a la bifurcación que conduce a la prisión de Buttons y mis ropas delatan el lugar de procedencia.

Sí.

Apesto a presidio.

Logan, el encargado de la sastrería en el penal, me hizo el traje a medida. Logan es un buen artesano. Lleva quince años encerrado. San Quintín, Attica, Atlanta, Dannemora... Logan viajó mucho, aunque siempre en el coche celular que le trasladaba de prisión a prisión. Sus conocimientos del mundo exterior se remontan a quince años atrás.

Así le salió mi traje. De un color oscuro tirando a fúnebre. Completado con camisa marrón. Los muchachos de la sección de carpintería me regalaron una corbata de lunares rojos y amarillos sobre un fondo azul.

¡El diablo los confunda!

Será mejor caminar. Alejarme de la fatídica bifurcación. Mi paso es rápido. No llevo equipaje. Durante dos años he tenido alojamiento, manutención y vestimenta a cargo del Estado.

Dos años...

Todo empezó en una soleada y contaminada mañana neoyorquina. Cumplía mi primer mes de trabajo en la Muldaur Company. En el Departamento de Contabilidad, sección Proceso de Datos. Era también mi primer trabajo estable. Anteriormente me había dedicado a escribir novelas baratas. Todo terminó empeñando la máquina de escribir. Me presenté en la Muldaur Company con unos mínimos conocimientos de Informática.

Aún recuerdo la sonrisa de Alex Jeffy, jefe del Departamento de Contabilidad y Datos. Cordial, cariñosa. Como la de un padre a su hijo único. Aceptó mi solicitud casi sin realizar prueba alguna.

Y al mes exacto de trabajar en la Muldaur Company se descubrió el desfalco. Trescientos mil dólares habían volado misteriosamente en una imaginaria operación Nueva York-Chicago. Las posteriores investigaciones descubrieron un culpable: Phillip Jackson.

Sí, maldita sea.

Yo cargué con el mochuelo.

El bastardo de Alex Jeffy lo había planeado a la perfección para que todos los indicios me señalaran como culpable. El juez, al dictar sentencia, aseguró ser muy benévolo: dos años de prisión. La condena hubiera sido más leve de haber entregado los trescientos mil dólares; pero en mi cuenta corriente sólo había un saldo de veinte dólares con diez centavos.

Alex Jeffy se despidió de la empresa al poco tiempo. Me lo imagino tostándose la barriga en cualquier playa de Río de Janeiro.

Dos años...

En la prisión de Buttons, estado de Illinois.

Mi sueldo como bibliotecario en la prisión se fue gastando en tabaco, bebidas, artículos de primera necesidad... No tenía perro que me ladrara. Ninguna visita en los dos años. Ningún regalo. Nada.

Ahora, con unos cincuenta dólares en los bolsillos, debo empezar de nuevo. Lejos de mi querida y nauseabunda Nueva York. Chicago no me gusta. Conozco bien la ciudad, aunque jamás la haya pisado.

Los pestilentes *Stock Yards*, el maravilloso Art Institute, el serpenteante Loop... Muchos héroes de mis novelas policíacas han deambulado por las calles de Chicago. Conozco de memoria el plano de la ciudad.

Un auto.

Me detengo al borde de la cuneta y, con la mejor de las sonrisas, extendiendo el pulgar de mi mano derecha.

Es un «Ford».

Pasa ante mí como una exhalación.

Prosigo la marcha no sin antes dedicar un cariñoso saludo a la madre del conductor.

Mi aspecto es bueno. Recién afeitado y con corte de pelo. No soy un tipo atractivo, pero mis facciones son correctas. Muy lejos de asustar a niños y ancianas. Complexión atlética. Incrementada por las obligadas sesiones de gimnasia en la prisión. A mis treinta años disfruto de gran agilidad y reflejos. En conjunto, a pesar del traje, creo que inspiro confianza.

Pero ningún auto se detendrá.

La prisión de Buttons sigue demasiado próxima.

Enciendo un cigarrillo.

A las trescientas yardas de recorrido escucho el rugir de un motor. Un gigantesco camión se aproxima ocupando totalmente la carretera. El vehículo, incluso antes de hacer señal alguna, aminora la marcha.

Una cabeza redonda asoma por la ventanilla.

—¡Se va a achicharrar, amigo...! ¡Suba!

En cuestión de segundos salto a la cabina acomodándome junto al conductor.

Un individuo corpulento y con sonrisa de oreja a oreja.

—Perdió el autocar, ¿eh?

—Cierto.

—El alcaide de la prisión es un hijo de perra sarnosa. Alarga deliberadamente el sermón de despedida a los que salen en libertad para que pierdan el autocar.

—¿Tanto se me nota que vengo de allí?

—Tengo olfato.

—Me bañé esta misma mañana con detergente.

El camionero rió en estridente carcajada.

—Está de buen humor, ¿eh? Me lo imagino. Nada hay más hermoso que la libertad. Ahora a abrazar con fuerza a la mujer, la novia, los familiares y seres queridos que esperan con impaciencia. Le emociona el momento, ¿verdad, amigo?

—No siga, que lloro.

El individuo no captó mi fina ironía.

—Me llamo Terry North.

—Phillip Jackson.

—Pues sí, amigo Phillip. Nada hay como el hogar y la familia. Yo estoy casado. Esa de la fotografía es mi mujer.

Había señalado con el pulgar hacia atrás.

Por pura cortesía giré la cabeza.

—¡Infiernos!

Después de mi espontánea exclamación quedé con la boca entreabierta. Los ojos vidriosos. Fijos en la fotografía.

Tamaño grande. En color. Una escultural rubia. Totalmente desnuda. Senos opulentos y erectos, vientre de danzarina oriental, caderas pronunciadas, largos muslos...

—Oiga, Phillip... Está contemplando la chica del *Playboy*. Todos los meses arranco la página desplegable. Mi mujer es ésta.

El dedo índice de Terry North tecleó dos veces sobre una diminuta fotografía tamaño pasaporte. Pegada en uno de los rincones. Reproducía el rostro de una mujer algo mofletuda y de ojos saltones.

—Muy bonita, Terry...

El camionero me dirigió una inquisitiva mirada.

—¿Cuánto tiempo encerrado?

—Dos años.

—Creí que hacían falta veinte años de aislamiento para encontrar bonita a una mujer como la mía...

El vehículo ya dejó la comarcal, circulando por una de las autopistas que conducen a Chicago.

Continuamos conversando animadamente.

Terry North resultó ser un compañero agradable. Máxime después de dos años en Buttons.

El tráfico se fue haciendo paulatinamente más intenso hasta sufrir atascos en las proximidades a la ciudad.

—No voy hasta el centro de Chicago. Descargo el camión en la zona de Lincolnwood.

—No importa. Cualquier lugar es bueno para mí.

En Lincolnwood me despedí cordialmente de Terry North.

Me encontraba al norte de la ciudad. En las afueras de Chicago. No podía permitirme el lujo de un taxi y tomé el primer autobús

con dirección al centro.

Una hora más tarde, al deambular por la Fullerton Avenue, me pareció estar encerrado en una caja de grillos. Por un instante añoré el silencio de la prisión de Buttons sólo turbado por el roncar de mi compañero de celda.

Mi primer acto fue localizar una tienda de confección a precios económicos. Chaqueta más actual, discreta corbata y pantalones. Se me fueron unos cuantos dólares, pero era necesario.

Ahora estoy más presentable.

Más seguro.

En una papelería pública quedó el envoltorio con mi anterior vestimenta, incluida corbata de lunares.

Con ello desaparecía todo lazo de unión con la prisión de Buttons.

Eso al menos creía yo.

Pero estaba muy equivocado.

CAPÍTULO II

La habitación del Moon Hotel era una pocilga. Con manchas de humedad en las paredes. Las pulgas hacían competiciones de saltos en la cama. Sin ventana. El grifo del lavabo no funcionaba. En el armario restos de comida del anterior cliente.

Y por aquello había pagado cinco dólares por anticipado.

Me quedaban unos cuarenta más.

Y era mi primera noche de libertad en dos años.

Tenía que celebrarlo.

Me encaminé hasta Karlin Centro. La zona bohemia de Chicago. Artistas, escritores, músicos, pintores y demás muertos de hambre tenían allí su refugio. Brook Road estaba plagada de lugares de diversión.

Los luminosos de neón ya habían hecho su aparición en las calles de Chicago.

Multicolores y destellantes.

Del club denominado Cockaigne me llegó una música lenta y romántica. A mi refinado gusto.

El local parecía un circo romano.

Anfiteatros de rústica madera con almohadones que la clientela utilizaba a su antojo. En el centro de aquella pista un mostrador circular. El suelo estaba formado por rectángulos luminosos en intermitencias que dañaban la vista. La música suave, romántica y pegadiza fue pronto reemplazada por un estridente *rock* de antaño incrementado en ruidosa sonoridad.

Había solicitado un *gin-tonic*.

Bien.

Ahora sólo tenía que esperar a que terminara aquella condenada música, cesaran los fulgurantes focos y funcionaran las luces normales del local.

Y entonces buscaría a una guapa chica solitaria y dispuesta a

aceptar mi compañía. Descartadas las profesionales del amor. No por cuestión de principios; sino por mis escasos recursos económicos.

No me mostraría muy exigente en la elección.

Dos años de abstinencia era mucho tiempo.

Se encendieron las luces de la sala. No muy potentes, aunque lo suficiente para echar un vistazo al material.

Toda oveja con su pareja.

Sí, maldita sea...

Muy pocas mujeres deambulaban solas por el club. Un par de ellas, y por cierto muy bien dotadas por la naturaleza, estaban de «viaje» por los peligrosos senderos del LSD. Me abrí paso hacia la puerta de salida.

Desilusionado.

Fue entonces cuando sonó la chillona voz:

—¡Phillip! ¡Phillip!

Un individuo semi calvo agitaba su diestra desde una de las mesas. Compartida con dos elegantes damas y una botella de champaña. El hombre se incorporó acudiendo a mi encuentro.

—¡Phillip, muchacho! ¿No me recuerdas?

Sonreí con nulo entusiasmo.

¡Cómo olvidar al buitre de Sidney Wood!

Uno de los socios de la editorial neoyorquina que recibió mi basura literaria.

—Hola, Sidney.

—¡Diablo de Phillip!... ¿Qué pasó contigo, muchacho? Te largaste de Garko Editor sin despedirte. Tal vez no fuimos muy justos contigo. Tenías talento. Tus novelas se vendían como rosquillas.

—¿De veras? Es curioso... Recuerdo que las tiradas eran cada vez más bajas.

Wood simuló no oírme.

—Ya no estoy con ellos, Phillip. Me he establecido por mi cuenta. Aquí en Chicago. Publicaciones Wood. Especializada en el género de terror. Cómic y novela. ¿Qué haces tú ahora?

—Venta a domicilio de la Biblia en etrusco.

Sidney Wood rió mostrando la perfección de su dentadura postiza.

—¡No has cambiado, muchacho! Te ofrezco colaborar para Publicaciones Wood. ¿Qué respondes? Lo de terror es fácil para un veterano como tú. Eres maestro en lo policíaco. Sólo tienes que cargar las tintas en truculencia. Ya sabes... violaciones, sadismos, cuerpos troceados, arrancar ojos, destripar en vivo...

—¿Ése es el terror en Publicaciones Wood?

—Lo que pide el público, muchacho.

—¿Cuánto pagas por original?

—Desde que te separaste de nosotros en Nueva York no han cambiado mucho las cosas, Phillip. La televisión sigue siendo nuestro mayor rival. Prefieren embrutecerse con la cámara. En el poco tiempo transcurrido todo continúa prácticamente igual.

Poco tiempo...

Si Wood lo hubiera pasado en la prisión de Buttons le parecería una eternidad.

—No has respondido a la pregunta, Sidney.

Wood se acarició la calva.

—Últimamente no he visto nada con tu seudónimo, Phillip. Era el de Cliff W. Hackman, ¿verdad? ¿Acaso lo has cambiado?

—No he publicado nada en los dos últimos años.

—Mala cosa es eso, Phillip. El público olvida con facilidad. En recuerdo a nuestra vieja amistad te pagaré trescientos cincuenta dólares por original. ¿Qué te parece?

—Eres un hijo de perra...

El *disc-jockey* del club había puesto a girar un ruidoso tema folk.

De ahí que mi insulto no fuera recibido por Wood.

El buitre de Sidney Wood.

Nada había cambiado en los dos años de estancia en Buttons. Se continuaba sacando jugo al prójimo.

Abandoné Cockaigne haciendo caso omiso a los gritos y gestos de Sidney Wood.

¡Al diablo con él!

—Cliff... Cliff...

La melódica voz sonó a mi espalda.

Una muchacha me sonreía dulcemente.

Quedé con la boca entreabierta.

Era una mujer fuera de serie. Algo portentoso. En su bello rostro destacaban poderosamente unos labios gordezuelos y devoradores.

Lucía un juvenil vestido camisero con abotonadura delantera, bolsillos de parche con chaboleta. Un cuerpo escultural se adivinaba bajo aquella prenda. Le calculé unos veinticuatro años de edad.

—¿Es a mí? —interrogué perplejo.

Al ampliarse la sonrisa femenina aparecieron unos níveos dientes.

—Cliff W. Hackman... Casualmente he oído tu conversación con ese hombre. Soy una ferviente admiradora de tus obras.

Mi estupor aumentó.

Llamar obras a mis engendros, y en labios de aquella diosa, era demasiado.

—Sufres un error, nena. Yo soy Phillip Jackson.

—¿No firmas tus novelas con el seudónimo de Cliff W. Hackman?

—Sí, pero sin duda te confundes de autor. Yo escribo...

—He leído todas tus novelas y las conservo con cariño — interrumpió con incomprensible entusiasmo—. *El asesino toca el violín, Muerte a plazos. ¿Dónde pongo al muerto?...*

Sí.

Eran los títulos de tres de mis novelas editadas en Nueva York. Bazofia impresa.

—¿Y dices que te gustan?

—¡Seguro! *Mi hobby son las novelas policíacas y tú mi autor preferido. Últimamente no he encontrado nada tuyo a la venta. Sólo reediciones.*

Apreté con fuerza las mandíbulas.

Los bastardos de la Garko Editor habían reeditado mis novelas sin soltarme un centavo.

—Escribo ahora en exclusiva para una cadena editorial de Inglaterra. —Fanfarroneé con aplomo—. Es mucho más lucrativo.

—¿Por qué no me dedicas uno de los ejemplares que guardo en mi apartamento?

—¿En tu apartamento?

Me tomó por el brazo.

En sus gordezuelos labios un mohín que me hizo estremecer.

—Por favor, Phillip... No te niegues. Me hace mucha ilusión. Ahí tengo el auto. ¿No puedes demorar por unos minutos tus compromisos? Te llevaré luego donde quieras.

—No tengo ningún compromiso.

—¡Magnífico! Entonces tomaremos unas copas y me hablarás de ti. Debe ser fascinante la vida de un novelista. ¡Pródiga en emociones!

Eso era cierto.

Recuerdo mis años de escritor. Las huidas por la escalera de incendios para evitar al casero, la persecución de amigos acreedores...

En verdad emocionante.

La joven me llevó ante un «American Motors Pacer». El utilitario lanzado al mercado el mismo año en que yo ingresaba en prisión.

La muchacha se acomodó frente al volante.

La falda subió. Mostrando con generosidad unas piernas de largos y esbeltos muslos enfundadas en seductores *pantys*.

Sentí los ojos vidriosos, la garganta reseca y el pulso acelerado.

—Me llamo Natalie Green. Trabajo como secretaria en Barnet Electric. Actualmente disfruto de una semana de permiso. Tú resides en Nueva York, ¿verdad?

—No tengo domicilio fijo.

Natalie rió en cantarina carcajada, a la vez que hacía girar el volante abandonando Brook Road.

—Como los héroes de tus novelas. Hoy aquí, mañana allí... Una vida aventurera.

Las palabras de Natalie me hicieron pensar.

Una bella mujer, el coche a la puerta, unas copas en su apartamento... Todo tras un, simple intercambio de palabras. Ni al más irresistible héroe de mis novelas le había proporcionado yo semejante bicoca.

Y lo mío era real.

Para asegurarme, mi mano izquierda se posó en una de las rodillas femeninas. Con fingida indiferencia. Como el que no quiere la cosa.

Natalie ni tan siquiera parpadeó.

Aquello me animó. Mi mano acarició la suave piel.

El brusco frenazo del auto proyectó mi cabeza contra el parabrisas.

—¡Casi atropello al pobre gato! —se disculpó Natalie reanudando la marcha del vehículo.

—Yo no he visto ningún...

—Era un gato negro.

Mi mano izquierda había abandonado la rodilla de Natalie, para palpar el incipiente chichón de la frente.

Encendí un cigarrillo no sin antes ofrecer la cajetilla a la muchacha.

—Aquí es, Phillip... Vidor Street. Tengo un pequeño apartamento en el número 1234.

—¿Lo compartes con alguna compañera?

—Estoy sola.

Creo que mi suspiro de satisfacción fue captado por Natalie.

Consiguió estacionar el «American Motor» a poca distancia del 1234. Un edificio de ocho plantas. Con vistas al Chicago River.

La puerta del elevador lucía el cartel de «No funciona».

Natalie rió divertida.

—Siempre está averiado. Es un tercer piso.

La joven subió delante.

Y juro que no me hubiera importado subir los 102 pisos del Empire State. Era todo un espectáculo el suave ondular de caderas en Natalie. Un sensual movimiento que de nuevo secó mi lengua en el paladar.

Tercer piso, apartamento C.

Natalie extrajo un juego de llaves de su bolso de mano.

Accionó la luz del *living*.

—Adelante, Phillip. Estás en tu casa.

Penetré en el apartamento.

Al fondo una puerta corredera mostraba el salón amueblado en alegres tonos blanco y rojo. En uno de los muebles el televisor a color con *radiocasete* incorporado.

Natalie se situó junto a la biblioteca.

Extendió su brazo derecho para señalar una de las estanterías.

—Aquí están, Phillip. ¡Todas tus novelas! Al menos todas las que yo conozco.

Una estúpida expresión de estupor asomó otra vez a mi rostro.

Sí.

Allí estaban.

Cuidadosamente ordenadas. Toda mi producción para la Garko Editor de Nueva York. De la primera novela a la última.

En otras estanterías los clásicos de la literatura policíaca. James Hadley Chase, Ellery Quenn, Mickey Spillane...

El figurar entre ellos me producía pasmo.

—¿Qué quieres beber, Phillip? *Whisky, brandy, vodka, ginebra...*

—*Whisky...* Sin hielo ni soda.

Natalie acudió al carro-bar plagado de botellas, vasos y copas. Portando mi *whisky* y un *gin-tonic* se acomodó en el largo sofá. Dejó los vasos en una cuadrada mesa.

Fui a su lado.

Brindamos.

—Hoy es un gran día para mí, Phillip. Me considerarás una niña estúpida, pero estoy emocionada, al conocerte personalmente. Me había hecho una idea de ti a través de tus novelas.

La contemplé fijamente.

—Oye, Natalie... pareces una chica inteligente. ¿Cómo pueden gustarte mis novelas? —No seas modesto. Tus obras de seguro no alcanzarán el Nobel; pero encierran emoción violencia aventura, sexo... Eso es lo que yo busco. Al igual que miles de lectores. Algo diferente a nuestra vulgar y cotidiana existencia.

Bien.

Buscaba emociones fuertes.

Y yo había llegado al límite de resistencia.

Alargué las manos para atrapar la cintura femenina. Natalie fue proyectada contra mi pecho. Aprisionada por mis brazos. Busqué los carnosos labios para cerrarlos con un beso. Mis manos acariciaron su espalda hasta la cimbreante cintura y la redondez de las caderas.

Natalie comenzó a tirarme del pelo.

Creí que era su forma de responder a mi pasión, pero pronto me percaté de que algo funcionaba mal.

Natalie estaba roja como la grana.

Al separarnos quedó boqueando entrecortadamente.

Jadeante.

—¿Qué te ocurre, Natalie?

—No... no podía respirar...

—¿Por un simple beso?

La muchacha agrandó los ojos.

—¿Un simple beso? ¿Cómo son los otros, Phillip? ¡Ni que fuera la primera mujer que besas en un año!

—En dos.

—¿Qué?

—Olvídalo. Me vuelves loco, Natalie. Eres endiabladamente tentadora. Una diosa.

—Phillip...

La abracé de nuevo.

Mis labios recorrieron su frágil cuello mordisqueando el lóbulo izquierdo a la vez que manipulaba con dificultad en el cierre del vestido.

La recliné en el sofá.

Besando los gordezuelos labios de Natalie.

—Phillip... no, por favor...

Sonreí interiormente.

Cuando una mujer pronuncia esas palabras es que todo marcha bien.

Pero Natalie debía ser la excepción.

Me empujó a la vez que giraba con agilidad. Cayó sobre la alfombra. Yo quedé en el sofá. Abrazando el vestido femenino.

Cuando reaccioné ya Natalie abandonaba el salón en veloz carrera.

Con un minúsculo *slip* negro como única vestimenta.

El espectáculo fue muy fugaz.

De un solo golpe tragué el *whisky*. Procurando calmar la sangre que con fuerza acudía a mis sienes.

Reapareció Natalie.

Con una especie de túnica anudada a la cintura y cubriendo hasta la mitad del muslo.

—Perdóname, Phillip...

—¡Maldita sea! Somos dos personas adultas, conscientes de nuestros actos... Soy Cliff W. Hackman, ¿no recuerdas? ¡Tu preferido! ¿Por qué no imaginas que estás con uno de mis irresistibles héroes?

Natalie se aproximó.

De súbito entrelazó las manos tras mi nuca para estamparme un beso en la boca.

—¿No lo comprendes, Phillip? No necesito imaginar nada. Tú eres mi héroe, pero no quiero que todo suceda tan rápido. Por primera vez uno de mis sueños se convierte en realidad. Déjame

prolongarlo.

—¡Todo el tiempo que quieras!

Natalie me rechazó.

Sonriente.

—Me entiendes perfectamente, Phillip. No quiero ser para ti una aventura fácil. Algo pasajero que no deje recuerdo.

—Puedo asegurarte que...

—No, Phillip. Si en verdad te intereso, acude mañana a buscarme. Almorzaremos en la Imperial House, un paseo por la ciudad, baile en Boulevard Room... y por último una inolvidable aventura amorosa. Una noche de amor para el recuerdo.

El *whisky* empezó a patearme en las tripas.

¿O no era el *whisky*?

Conocía la Imperial House por referencias. Un almuerzo para dos me saldría por un mínimo de treinta dólares. En cuanto al Boulevard Room, en el Conrad Hilton Hotel, era mejor no hablar.

Y yo con unos pocos dólares en los bolsillos.

—¿Algún inconveniente, Phillip? No es tan fuerte tu deseo hacia mí, ¿verdad? Lo comprendo. Un escritor como tú acostumbrado al acoso de bellas mujeres, en un mundo de lujo y placer...

Entorné los ojos.

Natalie era idiota.

Imaginaba que a los escritores se les paga a dólar el golpe de tecla.

—Estoy loco por ti, Natalie.

—¿Entonces...?

—De acuerdo. Lo que tú digas. ¿A qué hora almorzamos?

—¡Oh, Phillip! Será un día maravilloso. Puedo ir yo a buscarte si lo deseas. ¿Dónde tienes tu apartamento?

—Estoy de paso en Chicago. Tengo habitación en un hotel.

—¿El Bismarck?

Natalie continuaba con sus incongruencias.

Una habitación sencilla en el Bismarck rondaría los quince dólares.

—Yo pasaré a buscarte. ¿A las doce?

—Te esperaré con impaciencia, Phillip.

Nos besamos en el *living*.

Cuando intenté quitar el lazo a la túnica fui empujado hacia la

salida.

—Mañana, Phillip... A las doce.

—Natalie...

Me cerró la puerta en las narices.

Mientras descendía lentamente la escalera volví a pensar en mis héroes de ficción.

No.

Tampoco al más desgraciado de ellos le había hecho vivir jugada semejante a la mía. Natalie era una mujer extraña.

En principio parecía ofrecerte las delicias del jardín de Alá para luego racionar el amor a plazos.

La fría brisa de Chicago me despejó.

Bien.

Mañana conseguiría el dinero suficiente. Y no mendigando un anticipo a Publicaciones Wood.

Había otro medio.

Tarde o temprano hubiera terminado por recurrir a él.

Natalie sólo había adelantado los acontecimientos.

Peter Holloway, mi compañero de celda en la prisión de Buttons, me había proporcionado un número de teléfono.

Comunicarme con él me conseguiría un trabajo lucrativo.

Tenía el número grabado en la mente.

El prudente Holloway no quiso darlo por escrito.

Lógico cuando se trabaja para el Sindicato del Crimen.

CAPÍTULO III

Peter Holloway fue un extraño compañero de celda. Su deuda con la justicia era de quince años. Voluntaria «cabeza de turco» para proteger a los más altos dirigentes del Sindicato del Crimen.

Holloway llevaba ya cumplidos seis años de prisión. Los abogados continuaban trabajando con la esperanza de que no llegara a cumplir los diez años entre rejas.

Peter Holloway era visitado con frecuencia por su esposa e hijos. El mayor de ellos estudiaba en la Northwestern University. Su mujer siempre rebozaba en joyas y costosos abrigos de piel. Era fácil adivinar de donde procedía el dinero. El Sindicato no olvidaba a sus fieles colaboradores.

Holloway era buscado por los presidiarios en busca de su amistad y protección. Los guardianes le mimaban.

Yo no busqué la amistad de Holloway. Me mostré indiferente. Holloway, poco comunicativo y de avinagrado carácter, agradeció el gesto. En los dos años de obligada compañía con Peter Holloway nuestras relaciones fueron frías pero cordiales. No le conté la historia de mi vida ni solicité conocer la suya.

Peter Holloway quiso compensarme por todo aquello.

Fue unas semanas antes de mi salida de Buttons. Holloway se interesó por mi futuro. Me proporcionó un número de teléfono advirtiéndome de los peligros y ventajas de utilizarlo.

Un número que me pondría en contacto con el Sindicato del Crimen.

En aquellos momentos lo consideré ridículo. Phillip Jackson, estúpidamente involucrado en la estafa de la Muldaur Company, trabajando para el Sindicato.

Absurdo.

Aquello no era para mí.

Cierto que guardaba un lógico rencor hacia la sociedad por los

dos años de vida injustamente arrebatados y por mancillarme con un delito no cometido; pero mi propósito era empezar de nuevo y olvidar.

Volver a mis novelas.

Ésa era mi idea.

Hasta mi encuentro casual con Sidney Wood.

El buitre de Wood me hizo ver la realidad. Todo continuaba igual. El poderoso aplastando y dominando. Succionando el máximo jugo y pagando lo mínimo. Enriqueciéndose a costa del sudor ajeno.

No, compañeros...

No volvería a pecar de iluso.

Y para abrirme aún más los ojos apareció Natalie. La muchacha que creía a los escritores ganando, como debe ser, dinero en abundancia.

Estaba tumbado en el lecho de aquella mísera habitación del hotel.

Alargué la mano hacia la cajetilla de cigarrillos depositada sobre la mesa de noche. Y lo primero que palpé fue una brillante cucaracha que escapó veloz al contacto.

No pude controlar una soez maldición.

¡Se acabó!

No más dudas ni demoras.

Salí al corredor donde se hallaba emplazado el teléfono mural de comunicación exterior. Después de introducir las monedas mi dedo índice recorrió el dial marcando aquel número grabado en mi mente.

No tembló mi mano.

Magnates, políticos, banqueros, policías... Muchos de ellos colaboraban clandestinamente para el Sindicato del Crimen. ¿Por qué no yo?

Una voz llegó a través del micro:

—¿Sí?

Tragué saliva.

—Quiero hablar con Peter Pan.

Se hizo una breve pausa.

Como si la conversación se hubiera cortado.

—Yo soy Peter Pan.

—Mi nombre es Phillip Jackson. Acabo de salir de Buttons y...

La voz me interrumpió:

—Me avisaron de su posible llamada, Jackson, Celebro que haya decidido establecer contacto con nosotros. ¿Dispuesto a trabajar?

—Sí.

—Magnífico. Precisamente tengo entre manos un asunto que puede interesarle. ¿Dónde se encuentra?

—En el Moon Hotel.

—*Okay*.

Ninguna otra palabra.

Al otro lado del hilo telefónico cortaron la comunicación.

Lentamente colgué el micro retomando a la habitación. Cerré la puerta con llave. Acostado en el lecho, con un cigarrillo en los labios, quedé pensativo.

La atmósfera se fue cargando por el humo del tabaco.

Cigarrillo tras cigarrillo.

¡Al diablo con los remordimientos!

Procedí a desnudarme para acto seguido accionar el interruptor dejando la estancia en total oscuridad. Ya era muy tarde y el sueño me vencería. De seguro no turbado por remordimientos.

Iba a recuperar los dos años de prisión.

En dólares.

Imaginaba el trabajo.

El Sindicato del Crimen en Chicago seguiría los viejos métodos. La obligada «protección» a comerciantes e industriales mediante cuotas, el soborno, chantaje juego ilegal...

Mi primera misión sería un trabajo fácil. De poca responsabilidad. Una vez realizado y con el dinero en mi poder me largaría a Nueva York.

A mi querida y nauseabunda Nueva York.

Me quedé dormido.

¿Una hora?

¿Dos...?

Lo ignoro.

Algo me hizo despertar. La extraña sensación de no estar solo en la habitación. El entreabrir los ojos y ver aquel punto luminoso destacando en la oscuridad me hizo dar un salto quedando sentado en el lecho.

El punto luminoso, un cigarrillo encendido, se movió.

—Tranquilo, Phillip. Soy Peter Pan. No encienda la luz.

—¿Por dónde ha entrado?

Sonó una risa estridente.

—Utilizando la puerta, por supuesto. Es la única entrada. Las habitaciones del Moon Hotel no son muy confortables ni ventiladas. Tengo un duplicado de todos los hoteles de Chicago. ¿Cómo sigue nuestro común amigo Peter Holloway?

—Bien...

—Le voy a encomendar un trabajo especial, Phillip. Pagado con generosidad. Diez mil dólares. Cinco ahora y el resto al realizar el asunto. ¿Qué le parece?

Fui incapaz de responder.

La oscuridad ocultó a mi interlocutor la mueca de estupor en mis facciones.

¡Diez mil dólares!

Para conseguir ese dinero como escritor tendría que enviar unos treinta originales al buitre de Wood.

—En la mesa de noche encontrará el dinero y las instrucciones —siguió el misterioso individuo—. Puede elegir el momento adecuado para realizar el trabajo, pero en un plazo máximo de dos días.

—Oiga... ¿no puedo encender la luz y...?

—No, Phillip. Aún no tenemos la suficiente confianza. Precisamente se le ha seleccionado para el trabajo por ser totalmente ajeno a nosotros. Nadie le debe relacionar con el Sindicato. Si cumple bien su cometido no habrá inconveniente en las presentaciones; pero eso será más tarde. Espero comprenda nuestra lógica prudencia. Tenemos muchos enemigos. Dentro y fuera de la Organización. Ahora debo irme. No vuelva a utilizar el teléfono. Yo estableceré contacto.

Escuché sus pasos hacia la puerta.

De nuevo su risa.

—Por supuesto las instrucciones y la fotografía debe destruirlas de inmediato, Phillip. ¿Está armado?

—¿Yo...? ¡No!

—Tanto mejor. Debe parecer un accidente.

—¿Un accidente? ¿A qué se refiere?

—A tu trabajo. Al tipo que debes eliminar. Hazlo con limpieza,

Phillip. Sin mucha sangre. De nuevo fui incapaz de reaccionar.

Se cerró la puerta.

Y yo quedé sentado en el lecho. Con la boca entreabierta. Pálido.
Con un frío sudor en la frente.

Había sido contratado como asesino a sueldo.

CAPÍTULO IV

Ya no pegué ojo en el resto de la noche.

Debí suponerlo.

Diez mil dólares por apretar las clavijas al propietario de un supermercado era demasiado. Tenía que haber algo más, pero tampoco esperaba aquello.

Liquidar a un fulano.

En aquel voluminoso sobre estaba la fotografía de la víctima. Junto con los cinco mil dólares de anticipo.

Durante horas permanecí con la mirada fija en aquella fotografía.

Representaba a un individuo de unos sesenta y cinco años de edad. Cabello negro de canas supuestamente teñidas. Cejas muy pobladas. Ojos hundidos y semi ocultos por caídos párpados. Nariz ancha. Labios gruesos...

Ya casi de madrugada intenté dormir, pero el rostro de aquel individuo seguía flotando en mi mente.

Me incorporé del lecho poco antes de que amaneciera. Dado lo prematuro de la hora encontré el cuarto de baño general desocupado.

Una ducha fría, por supuesto el grifo de agua caliente no funcionaba, me despejó.

Llevé al cuarto de aseo todas mis pertenencias. Precaución lógica en establecimientos como el Moon Hotel.

Levanté la tapa del inodoro.

Una última mirada a la fotografía. Las instrucciones al dorso no eran tales. Unas breves palabras que recité de memoria.

«George McLerie. Domiciliado en el 1839 de Denis Road. Salida a las nueve horas. Desayuno en Liberty. Entrada en la fábrica Universal Can. Sesión masaje los

martes y viernes en el 772 de Holt Street. Almuerzo en The Silvered o en Wild Cat. Visita fugaz a Universal Can. Sin costumbres fijas a partir de las cinco de la tarde. Utiliza Cadillac negro “Eldorado” modelo del 71».

Eso era todo.

Comencé a trocear la fotografía arrojándola al interior de la taza. Acto seguido pulsé el botón del agua.

Al bajar a recepción comuniqué que abandonaba definitivamente el hotel.

La brisa procedente del lago Michigan se dejaba sentir con fuerza en aquellas primeras horas de la mañana.

Inspiré profundamente.

Al buscar la cajetilla de tabaco mis manos tropezaron con los fajos de billetes repartidos por todos los bolsillos de la chaqueta.

No pude evitar un escalofrío.

Penetré en el primer *snack* que encontré abierto. Una taza de negro café y un *brandy* doble me ayudarían a trazar un plan de acción.

Mi situación era comprometida. No podía llamar a Peter Pan y decirle que renunciaba al trabajo y a los diez mil dólares. Estaba al corriente de los deseos del Sindicato para desembarazarse del tal George McLerie. Tenía que realizar el trabajo o ellos cerrarían mi boca para siempre.

Largarme con los cinco mil dólares haciendo caso omiso a la orden recibida equivalía a suicidarse. ¿Dónde esconderme a salvo de los tentáculos del Sindicato del Crimen? Tal vez, ahora mismo, alguien seguía mis movimientos.

¿Cumplir el... encargo?

Un asesinato.

Tengo escritas alrededor de las doscientas novelas policíacas. Calculando una media de dos asesinatos por novela me salen cuatrocientas muertes violentas. Una bala, envenenamiento, seccionar la yugular, estrangulamiento, destripar... Conozco infinidad de métodos para enviar a un individuo al Más Allá. Sin dejar huellas comprometedoras. Los asesinos de mis novelas son tipos inteligentes; aunque al final lógicamente son cazados por el guapo detective-policía de turno.

Sí.

Pero yo no soy un asesino.

Y no existen cursos de asesinato acelerado.

Tampoco tengo vocación.

Otra solución sería acudir a la policía.

Una solución descabellada y peligrosa.

¿Cómo infiernos iba a acusar a Peter Pan? ¿Y mi papel en la escena al solicitar trabajar en el Sindicato? Suponiendo que la policía me hiciera caso y dejara en libertad tendría nulas posibilidades de sobrevivir. Las represalias del Sindicato del Crimen no se harían esperar.

¿Qué hacer?

Abandoné el *snack* sin haber tomado decisión alguna.

Únicamente la de maldecir mi momento de debilidad al llamar a Peter Pan.

Tomé un taxi para que me alejara de aquel barrio. Las oficinas de la Universal Can estaban próximas al Seward Park. Este último fue el punto que solicité al taxista.

En la longitudinal División Street aboné la carrera para encaminarme hacia una hemeroteca pública. Tenía curiosidad por conocer más datos relativos al tal George McLerie.

En el Anuario Industrial de Chicago encontré la Universal Can. Una de las primeras fábricas de envases de Illinois. George McLerie figuraba como director de la empresa y presidente del Consejo de Administración. Uno de los accionistas era Frank Hedison.

Frank Hedison...

El hombre conocido «oficialmente» como jefe máximo del Sindicato del Crimen. Hace tres años el FBI creyó tenerle en sus redes; pero por enésima vez el astuto Frank Hedison salió libre de todas las acusaciones. Sus múltiples negocios aparentemente legales.

La inclusión de Frank Hedison como vulgar accionista en la Universal Can podía ser una simple artimaña para la evasión de impuestos. El verdadero propietario era él. Y George McLerie uno de los peones.

¿Por qué quería el Sindicato desembarazarse de uno de sus hombres? ¿Demasiado ambicioso? ¿Rencillas por el poder?

No tenía respuesta para aquellos interrogantes, pero ahora sí

conocía el terreno.

Un ajuste de cuentas entre miembros del Sindicato.

Y el hecho de que yo fuera designado para ejecutar a George McLerie era también un dato interesante. Peter Pan lo recalcó. Alguien ajeno a la organización. Eso significaba que McLerie tenía partidarios y el deseo de Frank Hedison era el de permanecer al margen. Que no se le relacionara con la muerte de George McLerie para evitar enfrentamientos entre elementos del Sindicato.

Hedison contra McLerie.

Ése era el juego.

Y yo iba a participar con una arriesgada baza.

Ya estaba decidido.

La idea me vino a la mente casi sin pensar.

Entraría en contacto con George McLerie.

Un pasaporte falso, cinco mil dólares y protección hasta el aeropuerto donde se me proporcionaría pasaje para un vuelo con destino a México.

Sí.

Ése era mi plan.

Pactar con George McLerie alertándole contra los turbios manejos de Hedison.

Ciertamente un comportamiento traidor e indigno de héroe de novela; pero esto no es ficción.

En la realidad no existen héroes.

Todos somos villanos.

CAPÍTULO V

Me he permitido el lujo de adquirir un «Chevrolet Corvette» de segunda mano. También he cambiado de vestimenta.

Elegante chaqueta *sport* del mejor género, fino jersey cuello cisne, pantalón sujeto con cinturón de piel auténtica, zapatos de treinta dólares... Incluso me he comprado un reloj de esos que te señalan hasta la hora de hacer pis.

En el salpicadero del auto una botella de «Johnnie Walker».

Otro capricho.

Enciendo un cigarrillo.

Con la mirada fija en el 772 de Holt Street. Hoy es martes. He visto bajar a George McLerie de su elegante «Eldorado» negro e introducirse en el edificio apoyado en un bastón de empuñadura de oro.

De eso hace ya unos quince minutos.

Me atizo un trago de *whisky* antes de descender del auto.

El 772 de Holt Street carece de portero recepcionista.

En el tablero emplazado junto a los buzones de correspondencia descubro el apartamento de masaje-relax. Segundo piso, puerta C.

El ascensor, como si de una epidemia se tratara, ostenta la advertencia de «averiado». Tanto mejor.

Así no se me despistará George McLerie. Pensaba abordarle a la salida del apartamento y conversar sin testigos.

Llegué a la segunda planta.

Cuatro apartamentos en el rellano.

Una rectangular placa junto a la puerta C anunciaba no recibir clientes sin cita previa. Consulté mi flamante reloj.

McLerie aún podía demorarse y no era conveniente ser visto merodeando por aquella zona.

Subí un tramo de la escalera que conducía al tercer piso, sentándome en uno de los peldaños. Desde allí podía divisar la

puerta c sin riesgo a ser descubierto.

Otro cigarrillo.

No llegué al tercero.

La puerta señalizada con la letra c se abrió para dar salida a George McLerie.

Me agazapé extremando mi prudencia.

Una mujer de rubios cabellos estaba bajo el umbral despidiendo a McLerie.

¡Qué hembra!

¡Y qué despedida!

La mujer, de unos treinta años de edad, lucía como única vestimenta una túnica de judoka. Había olvidado de enlazarla a la cintura. Los erguidos y voluminosos pechos eran todo un espectáculo. La mujer entreabrió los labios para besar largamente a George McLerie. Éste se limitó a palmearle el trasero con la zurda. En la mano derecha el bastón con pomo de oro.

McLerie se dirigió hacia la escalera.

La mujer lanzó un último beso con la yema de los dedos, para acto seguido cerrar la puerta.

George McLerie comenzó a descender lentamente la escalera. Ayudado por el bastón y el pasamanos. Sus pasos eran torpes, aunque reconozco que después de un masaje de aquella rubia también a mí me temblarían las piernas.

Esperé a que llegara al primer piso.

Me incorporé sin apartar la mirada de McLerie.

Y entonces ocurrió.

Casi llegando al primer piso.

George McLerie trastabilló al resbalar su bastón en el borde de uno de los peldaños. Perdió el equilibrio cayendo aparatosamente. En un tramo de ocho escalones. Al llegar al último de ellos se escuchó un golpe eco.

Descendí a grandes zancadas.

Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho.

Descubrí a George McLerie con la cabeza doblada, inmóvil. Los ojos muy abiertos.

No había duda.

Estaba muerto. Desnucado.

CAPÍTULO VI

Me abracé a la botella de «Johnnie Walker» como si fuera una tabla de salvación. Fue mi primera reacción al salir del 772 de Holt Street dejando tras de mí el cadáver de George McLerie. Luego, temblando como un flan, pisé a fondo el acelerador deseando alejarme cuanto antes de allí.

Paulatinamente me tranquilicé.

Nadie me había visto.

Y aunque se diera mi descripción a la policía, yo era inocente. No había hecho nada. Fue un accidente.

Tragué saliva con dificultad.

Al sentir la garganta reseca apliqué nuevamente el gollete de la botella a mis labios.

Un accidente...

Todo había salido conforme a los deseos del Sindicato del Crimen.

¡Ellos creerían que había realizado el trabajo!

Otra vez me dominó el temblor mientras que mi rostro se bañaba en un frío sudor. Tenía miedo. Más bien pánico. En verdad mi comportamiento distaba mucho del de cualquiera de mis héroes de novela; pero no podía evitarlo.

Pensé en Natalie.

Era la hora de nuestra cita.

Sí.

La dulce compañía de Natalie me haría olvidar momentáneamente aquel turbio asunto. Veinte minutos más tarde llegaba ante el 1243 de Vidor Street.

Natalie me saludó jovial desde la puerta de entrada al edificio. Corrió hacia el auto. Sonriente.

Le abrí la portezuela.

—¡Hola, Phillip!... Temí que me dejaras plantada. Llegas con

retraso, pero lo importante es que estés aquí.

No pronuncié palabra.

Mis manos abarcaron el rostro de Natalie aproximándolo para besar sus gordezuelos labios.

—Phillip... ¿qué te ocurre? Pareces nervioso.

—Nada. He tenido un altercado con un policía de tráfico. Yo soy muy temperamental.

—Como uno de tus héroes.

Sonreí como si recibiera una patada en el estómago.

—Sí... Eso es. ¿Dónde vamos, Natalie? Puedes elegir el restaurante más elegante de Chicago.

La joven se apretó contra mí.

—Prefiero algo más íntimo, Phillip. Conozco un lugar muy romántico. The Paradise. Algo distante del centro pero merece la pena. Yo te indicaré la ruta.

Mis ojos quedaron fijos en Natalie.

Desde la raíz de los cabellos a la punta de los pie.

Devorándola con la mirada.

Lucía un juvenil conjunto de blusa camisera en color rosa complementado con falda del mismo color. Sus senos, libres de sujetador, delineándose provocativamente bajo la tela.

—¡Cuidado, Phillip!

Milagrosamente esquivé a un abuelo que confiado cruzaba un paso de peatones. Centré la atención en tráfico.

—Tienes un bonito auto, Phillip.

—¿Este? Lo compré solo para los días que permanezca en Chicago. Cuando me largue lo dejaré abandonado en cualquier esquina. En Nueva York dispongo de dos deportivos último modelo.

—¿Tu domicilio habitual es Nueva York?

—Ajá.

—Dicen que es una ciudad monstruosa.

—Cierto, pero me gusta. Estoy acostumbrado a ella. Desplazarme a Chicago fue simplemente para recopilar unos datos.

—En busca de argumentos, ¿eh? Chicago es un buen filón. En el 2018 de Clark Street tuvo lugar la matanza del día de San Valentín. En la Lincoln Avenue está el cine Biograph, dónde los valerosos G-men

del Federal Bureau of Investigation acabaron con John Dillinger...

No pude controlar una burlona carcajada.

La inocencia de Natalie se aproximaba a la estupidez.

—Esos temas ya no interesan, pequeña. Pertenecen a la historia. En las novelas actuales los malos son precisamente los agentes del FBI y de la CIA. Te diré algo más. A John Dillinger le tendieron una emboscada. La famosa «mujer de rojo» le traicionó. Los agentes de Hoover que cercaban el Biograph acribillaron a Dillinger sin darle tiempo a reaccionar.

Natalie agrandó mucho los ojos.

Como si hubiera oído una blasfemia.

Siguiendo las indicaciones de la muchacha el auto llegó a Bosque Baker. El restaurante-motel The Paradise estaba rodeado de árboles. Aislado del asfalto. Próximo a la autopista que enlazaba con el aeropuerto.

El «Corvette» quedó en el aparcamiento del establecimiento.

Desde la terraza-mirador se dominaba gran parte de la ciudad. Cuando soplabla el viento en aquella dirección, el aroma de los *Stock Yards* no proporcionaba romanticismo al lugar.

Almorzamos.

Sin reparar en gastos.

Los cinco mil dólares me quemaban en los bolsillos.

Natalie ahogó un suspiro.

—Ha sido maravilloso, Phillip. Jamás olvidaré este lugar. Es una pena tener que regresar ahora al bullicio de la ciudad. Se está tan bien aquí...

—Podemos quedamos.

—¿Aquí sentados?

Señalé hacia un cartel indicativo que informaba de apartamentos en el Motel Paradise. A menos de doscientas yardas.

Natalie no respondió, limitándose a inclinar la cabeza mientras el rubor se apoderaba de sus mejillas.

Era una forma de decir que sí.

Me incorporé en busca del *maître*.

—¿Hay algún apartamento disponible en el motel?

—Lo ignoro, señor. La dirección del motel es independiente del restaurante. Debe acudir allí.

Dudé en llamar a Natalie o investigar la posibilidad de apartamento.

Decidí lo último.

Hice una seña a Natalie para que me esperara en la mesa. Abandoné la terraza avanzando por el sendero que conducía al cercano motel.

Con las manos en los bolsillos.

Silbando feliz.

Próximo a la cabaña-recepción del motel, en la explanada, se veía un helicóptero de la policía de tráfico.

Des individuos de traje gris acudieron a mi encuentro. Cerrando el paso hacia las oficinas del motel.

—¿Phillip Jackson? —inquirió uno de ellos.

—Sí...

—Agentes del FBI. Queda detenido.

Contemplé con expresión estúpida la placa mostrada por el individuo.

—Pero...

—Suba al helicóptero.

Me sujetaron por los brazos conduciéndome hacia el aparato.

Era un modelo biplaza.

—Oiga... Lo de Dillinger no es invención mía. Gustosamente me retracto si lo desean. Yo admiro a los valerosos agentes del Federal Bureau of Investigation. John Dillinger era un malvado y...

—¿De qué está hablando? —El individuo que quedaba en tierra me empujó al interior del aparato.

—Se hace el loco —rió el otro agente mientras manipulaba en los mandos—. Dudo que convenza al jurado.

Sacudí la cabeza.

Como si todo aquello fuera una pesadilla y quisiera despertar.

—¿Jurado?... ¿De qué se me acusa?

El individuo me dedicó una fría sonrisa.

—¿No lo sabe?

—No.

Las hélices comenzaron a girar.

El ruido no me impidió oír la respuesta del agente del FBI:

—Se le acusa de la muerte de George McLerie.

CAPÍTULO VII

El individuo se presentó como Alan Hutton, SAC del Federal Bureau of Investigation^[1] en todo el estado de Illinois. De unos cincuenta años de edad. Rostro de duras facciones. Las de un hombre acostumbrado a reír muy poco.

Él aparato no había aterrizado en ninguno de los helipuertos de Chicago.

Me habían conducido a un solitario caserón lejos de la ciudad. Encerrado en una habitación con tres individuos.

Alan Hutton llevaba la voz cantante.

—¿Quieres repetirlo, Phillip? Se lo contaré a mis nietos. Blancanieves ya les aburre.

—¡Es la verdad! ¡George McLerie resbaló y cayó por las escaleras!

—Te contrataron para asesinarle, ¿no es cierto?

—Sí... ¡No, maldita sea! Fue un error. No pensaba hacerlo.

—¿Qué me dices del dinero, Phillip? Unos cinco mil dólares. El Sindicato del Crimen no hace obras de caridad. Ese dinero era el pago a un asesino.

—¡Yo no maté a McLerie!

—Empieza de nuevo, Phillip. Desde el principio.

Sí.

Otra vez.

La misma historia que ellos no creían.

—No hay duda de que la tienes bien aprendida, Phillip.

—Digo la verdad. Yo no soy un asesino. Sólo quería conseguir algún dinero fácil. Apuesto a que muchos agentes del FBI son sobornados por el Sindicato.

—¿Le suelto un par de dientes, señor? —Solicitó permiso uno de los

G-men

que presenciaban el interrogatorio—. Nos ha insultado.

—No, Durning. Está nervioso. No era su intención insultarnos, ¿verdad, Phillip? Me resultas simpático. Hace algunos años, incapaz de conciliar el sueño, cayó en mis manos una de tus novelas. Quedé dormido de inmediato. En prueba de gratitud, quiero ayudarte. Dime el nombre del individuo que te soltó los cinco mil dólares.

—Peter Pan.

Alan Hutton arrugó la nariz.

El agente Durning chasqueó la lengua.

—Tenemos demasiadas consideraciones con él, señor. ¿Por qué no se marcha a tomar un café? —Durning acarició significativamente los nudillos de su mano derecha—. Yo seguiré el interrogatorio.

—¡Quiero un abogado! —grité con fuerza.

El SAC se inclinó sobre la mesa.

Su voz sonó amenazadora:

—Vas a necesitar algo más que un abogado, Phillip. Te vimos salir del 772 de Holt Street. Por si eso no fuera suficiente, tú mismo has confesado recibir un anticipo de cinco mil dólares por liquidar a George McLerie. Hemos encontrado el dinero en tu poder.

—Mi intención era hacer un trato con McLerie. El muy bastardo resbaló.

—Una historia que hará feliz a cualquier fiscal. Es absurda, Phillip. ¿Nos tomas por idiotas?

Me recliné en el respaldo de la silla.

Cansado.

—Es la verdad...

Alan Hutton empujó mi cajetilla de tabaco, permitiendo que encendiera un cigarrillo. Sonrió, pero al no estar acostumbrado le salió una fea mueca poco tranquilizadora.

—¡Peter Pan! ¿Por qué no quieres colaborar, Phillip?

—Fue la contraseña proporcionada por Peter Holloway. Ya se lo he dicho. Tienen el número de teléfono.

—Lo hemos investigado, Phillip. Corresponde a un tugurio del barrio Raffin. El Luke Club. Teléfono público. Por supuesto, no hemos preguntado por Peter Pan. No nos gusta hacer el ridículo. Si al menos nos dieras su descripción...

—Se presentó en mi habitación cuando dormía. No me permitió

encender la luz. No confiaba plenamente en mí.

—Después de que liquidaras a McLerie se mostraría más comunicativo, ¿verdad?

—Sí.

Alan Hutton intercambió una mirada con sus dos subordinados. Reaccioné de inmediato.

—¡No maté a George McLerie!

—Te creo, Phillip.

—¿Cómo dice?

—Yo sí creo en tu inocencia, muchacho —dijo el SAC con una cordialidad muy sospechosa—; pero será difícil probarla. Todo te acusa. Tu contacto con el Sindicato, los cinco mil dólares recibidos, presenciar la muerte de McLerie... ¿Cómo demostrar que resbaló y no fue empujado? Tus antecedentes tampoco te son favorables.

—Mi historial delictivo se limita a dos años en la prisión de Buttons.

—Suficientes para ganarte la animosidad del jurado.

Tenía razón.

Me había comportado como un estúpido y ahora pagaba las consecuencias. Debí aceptar la miseria de Publicaciones Wood.

Alan Hutton se incorporó rodeando la mesa.

Me palmeó la espalda.

—Voy a proponerte un trato, Phillip. Colabora con nosotros. Demuestra tu buena fe y quedarás libre de toda sospecha. Te lo garantizo.

—¿Qué debo hacer?

—Frank Hedison es el máximo dirigente del Sindicato del Crimen. No se limita a exigir cuotas de protección o imponer sus productos a los comerciantes. Sus principales negocios son el tráfico de drogas, la prostitución, juego ilegal, el crimen organizado, robos, secuestros... Su verdadero poder radica en los sucios políticos e indignos policías que le encubren a cambio de unos dólares. Todos sus negocios, aparentemente legales, son tapaderas de criminales actividades. En su red de máquinas tragaperras recluta a jóvenes que convierte en drogadictos. Muchachas de quince años son iniciadas en la prostitución y destinadas a ricos magnates viciosos. Todo un mundo de corrupción, vicio y muerte que es necesario exterminar.

—El FBI...

—¡El Federal Bureau of Investigation nada puede hacer! —me interrumpió Hutton irritado—. Detenemos a vulgares peones que nada saben. Cualquier registro en los locales regentados por Frank Hedison es un fracaso. ¡Todo en orden! La última fechoría del Sindicato fue el secuestro y posterior muerte de la hija de Oliver Garsten. Se pagó el rescate, pero el cadáver de la joven fue encontrado en un bidón de basura. Ultrajada. Lucy Garsten contaba dieciséis años de edad. Fue obra del Sindicato del Crimen. Lo sabemos. Y el bastardo de Frank Hedison también nos considera al corriente. Si detenemos a alguno de los peces gordos, sus abogados intervienen de inmediato. Tenemos las manos atadas por la misma ley.

Todo aquello me resultaba familiar.

La lucha sorda de la justicia contra el crimen organizado. Iniciada en los años treinta. Aún sin vencedor.

¿En qué diablos podía yo ayudar?

—George McLerie era miembro destacado del Sindicato —prosiguió el SAC—. Hedison le sentenció. ¿Conoce los motivos?

—No se me dio ninguna explicación. Sólo la fotografía de McLerie y sus costumbres más acusadas.

—George McLerie y otros elementos del Sindicato han estado actuando a espaldas de Hedison. Quedándose con parte de las ganancias, sin rendir cuentas a la organización. Frank Hedison abrió una investigación para descubrir a los culpables. Fue entonces cuando McLerie decidió traicionarle entrando en contacto con nosotros.

—¿Con el FBI?

—Sí, Phillip. ¿Le sorprende? Aceptaría la colaboración del mismísimo Satanás para exterminar al Sindicato. McLerie nos prometió una relación de nombres y operaciones ilegales llevadas a cabo por la organización. No sólo los dirigentes, sino también los nombres de los políticos, policías y demás bastardos que aceptan sobornos y colaboran clandestinamente. McLerie fotografió todo. Ya tenía los microfilmes. Sólo faltaba ultimar detalles con nosotros. A cambio de los microfilmes quería nuestra protección y una condena mínima, con inmediata puesta en libertad. Después de traicionar a Hedison quería largarse de los Estados Unidos; pero

desgraciadamente quedó aquí para siempre. Y sin entregamos los microfilmes.

—Frank Hedison ya le había descubierto. El haberme contratado lo demuestra.

Alan Hutton asintió.

Se acomodó nuevamente tras la mesa.

—Correcto, pero el hecho de recurrir a un principiante, no utilizando los servicios de cualquiera de sus asesinos, demuestra también desavenencias en el seno de la organización. Si Hedison sentenciaba abiertamente a George McLerie, los partidarios de éste actuarían en represalia. La planeada muerte «accidental» de McLerie, y el que ningún miembro del Sindicato participara en ella, no delataría a Frank Hedison. Le daría ocasión de castigar a uno de los traidores sin hacer peligrar la organización.

—¿Por qué no establece contacto con los otros traidores a Hedison?

—Los desconozco. McLerie era ya un pobre viejo. Los demás dudo que quieran tratos con el FBI. McLerie era también el único con acceso a los documentos privados de la organización. Celosamente custodiados por Frank Hedison.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Se ha ganado la confianza de Frank Hedison. Apuesto a que le felicitará por el trabajo realizado.

—¿Se refiere a...?

—Por supuesto, Phillip. La muerte de George McLerie ha sido un trabajo limpio. Tal como se le ordenó. Aparentando un accidente.

—¡Fue realmente un accidente!

—Eso lo ignoran, Phillip. Actuarás como si en verdad hubieras empujado a McLerie escaleras abajo. Entrarán en contacto para entregarte los otros cinco mil dólares. Es el código del hampa. Tú solicitarás seguir trabajando para ellos.

—Pero... ¿y si me ordenan liquidar a otro fulano?

Los ojos del SAC brillaron con fuerza.

—Eso es precisamente lo que esperamos, Phillip. Conocer el nombre de otro de los sentenciados. Si resulta ser un pez gordo, le haremos escupir todo cuanto sepa contra Hedison. Al saberse condenado por el Sindicato, confesará.

—Mi papel es muy peligroso.

—Estaba seguro de que lo aceptaría, amigo Phillip.

—No he dicho semejante cosa. Oiga... yo no tengo madera de héroe, ¿sabe?

—Imite a cualquiera de los protagonistas de sus novelas.

—Lo mío es inventar peligrosas aventuras. No vivirlas. Estimo mi pellejo. En las novelas, el héroe siempre sale triunfante. En la realidad, es el primero en morir. No cuenten conmigo.

Alan Hutton se encogió de hombros.

No parecía muy contrariado por mi negativa.

—Bien, Phillip. Tú eres el más perjudicado. Seguros de tu colaboración, hemos actuado con toda prudencia. El helicóptero, lejos de llevarte a nuestra central de Chicago, donde pueden existir infiltraciones, te condujo hasta este apartado caserón. Nuestro plan era remitirte de nuevo al motel. Como si hubieras descansado allí unas horas. Los hombres del Sindicato encargados de seguir tus pasos nada hubieran sospechado. Estás inscrito en el motel.

—¿Me siguen?

—Por supuesto. Ellos y nosotros; pero ya no tienes que preocuparte por nada. Durning...

—¿Sí, señor?

—Phillip Jackson ya puede ir sin disimulo alguno a nuestras oficinas. Acusado de asesinato.

Salté de la silla.

Pálido y sudoroso.

—¡Quiero un abogado!

—Seguro, Phillip. Puede llamar a su amigo Perry Mason. Le va a necesitar. ¡Lléváoslo!

Durning y el otro agente me empujaron hacia la puerta.

La historia de Peter Pan, aquellos miles de dólares en mi poder, salir del lugar del suceso...

No dudé más.

—¡Está bien, maldita sea! ¡Acepto!

El SAC sonrió.

En una mueca que me hizo estremecer.

Era la sonrisa del cazador que contempla cómo la presa se aproxima a la trampa.

Y yo actuando como reclamo.

El helicóptero biplaza obligó a Alan Hutton a permanecer tras

los dos asientos.

—¿Has comprendido, Phillip? ¡No llames al FBI! ¡Bajo ningún concepto te pongas en comunicación con nosotros!

—De estar en peligro llamo a la funeraria, ¿no?

El agente Durning, que pilotaba el aparato, rió mi comentario. Lógico.

Era mi pellejo y no el suyo.

—Te he dado un número de teléfono, Phillip. Sólo yo tengo acceso a él. Este asunto es conocido por muy pocos agentes del Federal Bureau of Investigation. No quiero que el Sindicato descubra tu doble juego. Cuando ocurra algo importante, te pones en contacto conmigo.

—De acuerdo.

—Procura actuar con naturalidad delante de ellos, Phillip. Comportarte como el hombre que acaba de cometer un asesinato.

El helicóptero ya sobrevolaba el bosque que envolvía el motel Paradise.

—Yo llegué con una muchacha...

—Natalie Green. Secretaria en la Barnet Electric —dijo Hutton con suficiencia—. Investigamos sobre ella. Ajena al Sindicato. Es una pobre psicópata de novelas policíacas. Uno de mis muchachos, simulando ser empleado del motel, le transmitió una orden tuya rogando te disculpara por dejarla plantada. Natalie abandonó el restaurante de inmediato en un taxi. Iba muy enfadada.

Giré la cabeza para dirigir al SAC una rencorosa mirada.

—Ha sido una sucia jugada.

El aparato tomó tierra a unas doscientas yardas del motel. En una discreta explanada cercada de árboles.

—Aquí tiene la llave del apartamento. La entrega en la recepción del motel y abona la factura correspondiente. Siguen a su disposición esos miles de dólares. Se los ha ganado por liquidar a George McLerie.

Iba a protestar las palabras de Durning, pero el SAC abrió la portezuela del helicóptero empujándome fuera del aparato.

Corrí hacia el motel.

Seguido de las miradas de Hutton y Duming.

El SAC chasqueó la lengua.

—Pobre iluso...

—¿Dará resultado, señor?

Alan Hutton denegó con un lento movimiento de cabeza.

—Lo dudo. Tiene muy pocas posibilidades. Deben cerrar su boca, borrando así todo lazo de unión entre Frank Hedison y la muerte de McLerie. Si el Sindicato del Crimen se pone en contacto con Phillip Jackson, no será para entregar los otros cinco mil; sino para enviarle al Más Allá.

CAPÍTULO VIII

No encontré a Natalie en su apartamento. Temo haber perdido a mi única admiradora.

Me encaminé hacia el «Corvette» estacionado en doble fila. Nada más situarme frente al volante se abrió bruscamente la portezuela izquierda.

Un individuo se acomodó a mi lado.

—Hola, Phillip. Reconocí la voz.

Era Peter Pan.

Un individuo de unos treinta años de edad. Rostro alargado. Ojos de bitoque. Nariz ganchuda y boca grande. Traje oscuro de excelente corte. Un significativo bulto en la axila izquierda delataba la existencia de una funda sobaquera.

—¿Peter Pan?

El hombre rió con sonido de serrucho corta-metales.

—Correcto, Phillip; aunque ya puedes olvidar esa contraseña de Holloway. Mi nombre es Alex Jeffrey. Soy el... secretario particular de Frank Hedison. Un importante hombre de negocios. Supongo habrás oído hablar de él, ¿verdad?

—El hombre del Sindicato.

Alex Jeffrey arrugó la nariz.

—¿Sindicato? ¿Qué es eso, Phillip? Ciertas palabras no deben ser utilizadas tan alegremente. Se corre el riesgo de soltarlas en reuniones sociales. Frank Hedison es un importante magnate de Chicago. Sólo eso, ¿eh?

—Okay.

—En marcha, Phillip. Hacia Barrio Florence. Yo ti indicaré.

Conozco Barrio Florence por referencias. Una de la zonas residenciales de Chicago. Un paraíso en la jungla de asfalto. Diseñado para los podridos de dólares.

El «Corvette» inició la marcha.

—Felicidades, Phillip.

—¿Cómo?

—Lo de McLerie. Un buen trabajo.

Forcé una sonrisa.

—Gracias.

—¿Qué ocurrió en The Paradise? Perdí tu rastro Quedé contemplando a tu chica. Ella marchó sola.

Encendí un cigarrillo.

Procurando controlar mis nervios.

—Alquilé un apartamento en el motel. Ella quedó en reunirse conmigo, pero no apareció. Cansado de esperarla, me dormí.

—Se me ocurrió esperarte por aquí. Suponía que tratarías de ver a tu chica. El seguirte desde la salida de Moon Hotel fue simple precaución. El señor Hedison quiere entregarte personalmente los otros cinco mil. Ahora vamos a su domicilio particular. Te está esperando.

La jornada laboral ya había concluido. Las calles de Chicago aumentaban considerablemente el tráfico. The Loop, el popular Metro aéreo que serpenteaba por entre los edificios, plagado de trabajadores que retomaban al hogar.

Un hogar. La esposa que te recibe con un gruñido. Tu sillón favorito ocupado por el gato. El nefasto programa de televisión. Los mocosos vociferando a tu alrededor...

Llegué a envidiar todo aquello.

Tal era mi estado de ánimo.

Alex Jeffrey guardó silencio durante el resto del trayecto. Sólo al adentrarnos por Asher Boulevard recupero el habla.

—El 1798 de Asher Boulevard. El refugio privado de Hedison.

Resultó ser un amurallado *bungalow*. La reja de entrada, cerrada. Jeffrey asomó la cabeza por la ventanilla.

Aquello fue suficiente para que la metálica puerta se abriera automáticamente. Al pasar bajo el arco descubrí un «ojo mágico». Sin duda nuestros movimientos eran seguidos por una cámara de televisión en circuito cerrado.

El *bungalow*, de una sola planta, quedaba al fondo. El asfaltado sendero que llegaba hasta la casa circundaba un amplio seto. A la izquierda la piscina, el mobiliario-jardín y la pista de tenis. A la derecha un invernadero, un aparcamiento de reducidas dimensiones

y la caseta de un perro lobo que me mostró los dientes al estacionar el auto.

Descendimos del vehículo.

Las prematuras sombras de la noche eran disipadas por la iluminación del porche y en el jardín de la piscina.

Seguí los pasos de Alex Jeffrey en dirección a la casa.

Cuatro níveas columnas sostenían el amplio porche.

Antes de que se pulsara llamador alguno, se abrió la puerta. Un sirviente, con cara de *catcher* retirado, apareció bajo el umbral.

El living era como una pista de baile.

—Sígueme, Phillip —indicó Jeffrey—. Avisaré a Hedison de tu llegada. Puedes esperar en la biblioteca.

Alex Jeffrey abrió una puerta.

La estancia era espaciosa. Un salón-biblioteca lujosamente amueblado. De inspiración inglesa, en madera noble. Butacones en cuero verde.

Jeffrey cerró a mi espalda, dejándome solo.

Contemplé todo aquello con admiración.

Objetos de fina porcelana, candelabros de oro, cuadros de afamados maestros, macizo reloj de mesa, alfombra persa...

Escribiendo novelas desde los diez años, hasta la jubilación, difícilmente lograría adquirir cualquiera de aquellos objetos de arte.

—¿Envidioso?

La voz había surgido tras el sofá.

No pude evitar un respingo.

A mis ojos había quedado oculta la mejor obra de arte del salón.

La muchacha se incorporó del sofá.

Era muy joven. Unos veinte años de edad. Bello rostro, de una inocencia desmentida por la sensual sonrisa de sus labios y el fuego lujurioso de su mirada.

Estaba en bikini.

La pieza superior se limitaba a dos diminutos tréboles inverosímilmente sujetos a los erguidos senos femeninos. El *slip*, formado por dos reducidos triángulos unidos por anillos laterales.

La tela de aquel bikini no me llegaría para una corbata.

Dado que yo permanecía con la boca entreabierta y sin reaccionar, habló de nuevo la seductora criatura:

—Mi nombre es Glenda. No te había visto antes por aquí...

¿Quién eres?

Mi posible respuesta fue cortada al abrirse la puerta del salón. Apareció un individuo que dirigió una furiosa mirada a la muchacha.

—¿Qué infiernos haces aquí con esa indumentaria?

—Iba a la piscina a...

—Pues, ¡lárgate!

La joven se inclinó sobre el sofá para coger un ejemplar de la *Little Lulu*. Con provocativo andar, toda ella sensualidad, abandonó la estancia.

El hombre cerró la puerta con violencia.

—¡Extraordinariamente bella y marcadamente estúpida!... Tome asiento, Jackson. ¿Un *whisky*?

—Sí, gracias.

Aquél era Frank Hedison.

Había visto su fotografía hace algunos años. Fue a raíz de su supuesta participación en un asunto de chantaje a altos funcionarios de Washington. Una vez más, nada pudo probarse en su contra.

Le encontré algo envejecido.

Frank Hedison rondaría ya los cincuenta años de edad. Abundante cabello ya gris en los aladares. Rostro de enérgicas facciones. Las del hombre acostumbrado a conseguir cuánto desea. A cualquier precio. Ojos fríos e inquisitivos.

Un tipo de cuidado.

De un abatible mueble-bar sirvió dos vasos de *whisky*, irlandés. Se acomodó frente a mí, separados por la mesa de tabla circular.

—No hay que ser condescendiente con las mujeres, Jackson. Glenda lleva conmigo un par de meses y ya se considera la reina de Chicago. Sus padres son unos ricos hacendados de Texas. Glenda es la clásica muchacha norteamericana que, por tener siempre la barriga llena, reniega de su alta posición. Son basura. Tenía que ver el entusiasmo de Glenda al rodar filmes pornográficos. Esas películas, producidas por el Sindicato, son dedicadas a clientes especiales.

Tomé un sorbo de *whisky*.

Sin impresionarme por la larga parrafada de Frank Hedison.

Muy a lo Bogart.

—Creí que ese tipo de mercancía ya estaba desfasado. La

pornografía es un género que, por saturación, considero en decadencia. Al menos, ésa era mi impresión hace un par de años.

Hedison sonrió.

—No está equivocado, Jackson; pero yo ofrezco verdaderas primicias. Mis filmes son destinados a personas importantes. Vincent Arnold, el padre de Glenda, controla una red de grandes almacenes en Texas. Tiene competidores. Son ellos los que disfrutan y pagan bien por una película que representa a la hija del poderoso Arnold en una orgía desenfadada de *matte swapping*^[2]. Cuando el filme deja de ser rentable, ofrezco el original al propio Vincent Arnold. Un negocio redondo.

—¿Y Glenda?

—Ella obedece mis órdenes, Jackson. Ciegamente. Al igual que todo el que trabaja para mí. Las excepciones, o los pequeños problemas, los soluciono de raíz.

—Un buen método.

—El más eficaz. Con usted tenía dudas. Peter Holloway nos habló hace aproximadamente un año. Era el compañero de celda ideal. Poco comunicativo, discreto... y ajeno a todo tipo de organización criminal. Investigué su vida. Escritor poco afortunado, con ridículos ingresos, que, al cambiar de trabajo, aún le fue peor. Cargó con el mochuelo en la Muldaur Company, ¿eh?

Incliné la cabeza.

Avergonzado de mi nulo historial delictivo.

—Fui un estúpido.

—Todos cometemos novatadas, Jackson. Lo cierto es que dudé, pero decidí correr el riesgo y Peter Holloway le proporcionó el teléfono. Nos sorprendió su llamada y aún más la perfecta ejecución del trabajo. La muerte de George McLerie es considerada como un lamentable accidente.

—También a mí me sorprendió la misión encomendada. ¿No era demasiado arriesgado proponer un asesinato a un individuo como yo? No soy un profesional del crimen. Pude denunciar el hecho a la policía.

—¿Delatando a Peter Pan? ¿Dando como única pista el número de teléfono público de un tugurio de los barrios bajos? Le enviarían al cuerno. Antes de que Alex Jeffrey acudiera al hotel, inspeccionamos detenidamente el terreno. Nos cercioramos de que

no había trampas. Desde entonces, Jeffrey se convirtió en su sombra. Ahora, ya todo solucionado, no necesita ser sometido a vigilancia. Aquí tiene los otros cinco mil dólares.

Hedison extrajo un sobre del bolsillo interior de su chaqueta.

Lo guardé sin abrirlo.

—¿No cuenta el dinero?

—Estamos entre caballeros.

Frank Hedison celebró mi ironía con una carcajada.

De una tabaquera me ofreció un longitudinal cigarrillo «Plus».

—¿Qué planes tiene, Jackson?

De no pesar sobre mí la amenaza del FBI, mi idea sería quemar los diez mil dólares en Miami. En un lujoso hotel de la playa. Con bellas muchachas ronroneando a mi lado...

—¡Eh, Jackson! ¿Qué responde?

—¿Cómo...? ¡Ah! pues... aún no tengo decidido nada en concreto.

Frank Hedison se reclinó en el butacón.

Sus facciones se endurecieron.

—Voy a ser franco, Jackson. Necesito sus servicios. Existen miembros de mi organización que deben ser castigados con la muerte. Han actuado a mis espaldas, quedándose con parte de las ganancias. George McLerie era uno de ellos.

—Cualquiera de sus muchachos puede hacer el trabajo.

—Ésta no es una organización de novela policíaca. Yo soy el máximo dirigente del Sindicato. Mis hombres de confianza controlan las diferentes actividades. George McLerie, bajo la tapadera de la Universal Can, dirigía la red de estupefacientes. A sus órdenes un grupo de hombres por él mismo designados. Hombres que le eran fieles; pero que ahora aceptarán al que seleccione como sustituto de McLerie.

—No ocurriría igual si se descubriera que la muerte de George McLerie no fue accidental.

—Correcto, Jackson. Empieza a comprender el asunto. La aparición de un asesino profesional en Chicago hubiera despertado sospechas. Aquí todos nos conocemos. De ahí que me decidiera por usted. Su trabajo no ha terminado. Hay dos víctimas más esperando turno. James Schaffner y Karl Alberston. Junto con McLerie pensaban formar un triunvirato y desbancarme. Me equivoqué con

ellos. Les di demasiado poder y ahora lo querían todo. Podía declararles la guerra abiertamente, pero eso minaría al Sindicato en luchas internas. Eliminando discretamente a los cabecillas, las aguas volverán a su cauce.

—McLerie, Schaffner, Alberston... ¿no serán demasiados «accidentes»?

—Con James Schaffner y Karl Alberston no simularemos accidentes. Sería ridículo. Acabará con ellos delante de testigos. Que puedan verle y atestiguar que no se trata de ninguno de mis muchachos.

—Pero eso...

—Tranquilo, Jackson. Esos testigos no acostumbran a hacer denuncias a la policía.

—No, pero los hombres de Alberston y Schaffner me buscarán por todo Chicago para darme caza.

—Yo les controlaré. Le daré tiempo a que tome un avión para Sudamérica con cincuenta mil dólares en su poder.

La sola mención de aquella cifra me hizo estremecer.

Fabulosa.

Demasiado.

Empezaba a comprender el juego de Frank Hedison. Por cincuenta mil dólares, más de uno estrangularía a su padre con un calcetín. Un buen cebo. Aceptado y realizado el trabajo, Hedison me cerraría la boca de un balazo presentándose luego a los hombres de Alberston y Schaffner como el justiciero vengador.

De nuevo, como en el caso de la Muldaur Company, representaba el papel de hombre de paja.

—Piénselo bien, Jackson. Cincuenta mil dólares. Podrá permitirse el lujo de escribir lo que quiera sin imposiciones de la editorial. Apuesto a que tiene talento. Una inteligencia que hasta ahora no le han permitido poner a flote. Untando a la crítica, su obra será un *best-seller*.

Buena labia la de Hedison.

Aunque no tenía que convencerme. Estaba entre la espada y la pared. De no aceptar, me liquidaría allí mismo. Por otra parte, me estaba ofreciendo lo que el FBI buscaba.

—De acuerdo, Hedison.

Poco faltó para que Frank Hedison se pusiera a dar saltos. Sonrió

frotando las manos.

—Magnífico. Acuda esta noche al último pase de atracciones de Aladin's Lamp. Yo estaré allí con James Schaffner. Le haré llegar mis instrucciones.

Frank Hedison abrió uno de los compartimientos de la biblioteca. Me ofreció una «Luger».

Forcé una sonrisa al guardar el arma bajo el cinturón.

Desde pequeño había sentido pánico a las armas de fuego.

El propio Hedison me acompañó hasta la salida. Quedó bajo el porche mientras yo me encaminaba al aparcamiento.

Minutos más tarde abandonaba el *bungalow*.

Bien.

En la primera cabina me detendría para telefonar a Alan Hutton, para proporcionarle los nombres de James Schaffner y Karl Alberston y dar por terminada mi intervención en aquel peligroso asunto.

Los faros del «Corvette» iluminaron, casi al final de Asher Boulevard, la cabina telefónica.

Detuve el auto.

Rebusqué las monedas adecuadas antes de introducirme en la cabina. Ni tan siquiera llegué a marcar tres números del dial.

Un vehículo se aproximó a gran velocidad.

Un «Pontiac».

Subió a la acera, deteniéndose a escasas pulgadas de la cabina con un estridente chirriar de frenos.

Descendieron dos individuos.

Uno de ellos armado con una ametralladora «Browning».

—¡Fuera!

Obedecí.

Sin darme tiempo a reaccionar, recibí un fuerte golpe en la nuca.

Fue como si todas las estrellas del firmamento desfilaran ante mis ojos.

Multicolores.

Luego llegó la oscuridad.

CAPÍTULO IX

Al recuperar el conocimiento me encontré en una amplia estancia donde se almacenaban gran cantidad de cajas de licores. *Whisky*, ginebra, *brandy*, vodka, ron...

Me acaricié la nuca.

El golpe recibido tras la oreja izquierda dolía.

No estaba solo en la habitación.

Tres individuos me contemplaban con inexpresivo rostro. Uno de ellos, de elegante *smoking* en tejido de alpaca, tenía entre sus manos mi documentación, el dinero y la «Luger». Sonrió al leer la orden de libertad expedida por la prisión de Buttons.

—No nos hemos equivocado, muchachos... Tenía la corazonada. Este fulano salió ayer de Buttons. Sin duda recomendado por Peter Holloway. En su poder casi diez mil dólares. ¿Fue el pago por liquidar a George McLerie, amigo Jackson?

Me incorporé trabajosamente.

—¿De qué está hablando?

El hombre del *smoking* amplió la sonrisa. Frisaba en los cuarenta años de edad. Voluminosa figura. Bajo los ojos de su mofletudo rostro grandes bolsas de carne. Piel grasienta. Un individuo de aspecto repulsivo.

—Oh, disculpa... Mi nombre es James Schaffner. ¿Comprendes ahora?

Sí.

Empezaba a comprender... y maldecir aún más aquel maldito embrollo del que difícilmente iba a salir.

—No comprendo nada —mentí.

—¿Qué hacías en el *bungalow* de Hedison?

—Solicitar trabajo.

—Ya. Y el bueno de Frank no sólo se digna recibir a un vulgar expresidiario en su inaccesible casa; sino que le suelta diez mil

dólares.

—Me dio el sueldo por adelantado.

El adiposo rostro de James Schaffner dibujó una fea mueca.

—Me desagradan los mentirosos. Janssen...

El llamado Janssen, atlético y con cara de bestia, se aproximó amenazador.

Bien.

Había llegado el momento de actuar. Rememoré a cualquiera de mis héroes en situación semejante. Amago con la zurda y descargar un *crochet* de derecha culminado con golpe de karate en mitad de los flatos.

Sí.

Eso es lo que haría.

Al igual que el agente Dick Salkow, de la Brigada Especial, en mi novela *El asesino miope*.

Amago la zurda...

Y recibo un brutal golpe en la boca del estómago que me hace doblar sin respiración. Acto seguido, como si se tratara de cascar una nuez, dos puños se abaten sobre mi cabeza. A izquierda y derecha.

Beso el suelo.

Aunque mi cabeza parece estallar, comprendo a la perfección la diferencia entre narrar escenas violentas y vivirlas.

James Schaffner tiene la gentileza de esperar a que me recupere para proseguir nuestra amigable conversación.

—McLerie, Alberston y yo teníamos proyectado destronar a Hedison. Empezamos por quedarnos con parte de las ganancias. Hedison descubrió las irregularidades, pero no a los culpables. Eso al menos creíamos, aunque la muerte de McLerie parece indicar lo contrario. Hemos sido descubiertos, ¿verdad, Jackson?

—Sólo George McLerie.

—Mientes otra vez, Jackson.

—¡Está bien, maldita sea! ¡Sí! ¡Os ha sentenciado! ¡McLerie, Alberston y Schaffner! Está dispuesto a castigar vuestra traición. Mi consejo es que, al igual que McLerie, entres en contacto con el FBI. Ellos te darán protección y la promesa de una sentencia mínima a cambio de pruebas contra Hedison y el Sindicato.

James Schaffner comenzó a parpadear.

Estupefacto.

—¿El FBI...? ¿Te has vuelto loco? ¿De qué infiernos hablas? ¿Nosotros pactar con los G-men?

Yo llevé a cabo el secuestro y muerte de Lucy Garsten, por orden de Hedison. ¿A cuánto me sentenciarían, Jackson? ¿Cinco años? ¡No, infiernos! Karl Alberston y yo, junto con Hedison, somos los más involucrados. ¡Nosotros dirigimos el Sindicato! ¿Crees que nos vamos a poner la sogá al cuello?

Forcé una sonrisa.

Había cometido un peligroso desliz.

—Era una simple hipótesis para librarte de la venganza de Frank Hedison. Olvídalo.

—No... aquí ocurre algo extraño. Has mencionado que George McLerie entró en contacto con el FBI. ¿Te lo dijo antes de que le empujaras escaleras abajo?

—No he querido afirmar semejante cosa. Yo no...

—¡El bastardo de George! —interrumpió Schaffner—. Su comportamiento últimamente era extraño. Era el hombre de confianza de Hedison. Apuesto a que tenía acceso a su caja de seguridad secreta. Destruye las pruebas que le son acusadoras y el resto lo entrega al Federal Bureau of Investigation.

—McLerie era un veterano del Sindicato —murmuró el llamado Janssen—. No le imagino pactando con el FBI.

James Schaffner discrepó:

—¡Yo, sí! George estaba ya acabado. El mismo me confesó su deseo de retirarse después de que desbancáramos a Hedison. Creo que sus desfalcos al Sindicato se remontan años atrás. Muchos antes de que Alberston y yo le secundáramos. George McLerie fue amasando una fortuna planeando luego traicionarnos al FBI y disfrutar, así, libre de todo peligro. Al amparo de la ley y con el Sindicato derrotado.

Janssen rió entre dientes.

—De estar en lo cierto, tenemos que agradecer a Phillip Jackson su intervención. Liquidando a McLerie impidió su supuesto trato con el FBI.

—Sí... fue oportuno. De haberse realizado la traición, los G-men

ya hubieran caído sobre nosotros.

Una luz roja situada junto a la puerta se iluminó.

James Schaffner y sus dos hombres intercambiaron una mirada.

—Alguien ha entrado en el hangar. Echa un vistazo, Janssen.

Mientras el individuo abandonaba la estancia, sonreí interiormente.

Los agentes del FBI, prometidos por Alan Hutton para protegerme, entraban en acción. Con un poco de retraso. Como en las novelas policíacas. Pero a tiempo de salvar al héroe.

El retorno de Janssen me causó estupor.

—Es Paulette McLerie, jefe. Quiere hablarle.

El rostro de Schaffner se transfiguró. Sus ojos no controlaron un lujurioso brillo.

—¿Paulette aquí...? Una agradable sorpresa. Puedes volver a la Aladin's Lamp, Janssen. Tú permanecerás aquí, Joseph. Custodiando a nuestro amigo Jackson. Sospecho que guarda algún otro secreto relacionado con George McLerie. Más tarde le apretaremos las clavijas de firme.

James Schaffner introdujo en una bolsa de cartón mi documentación, el dinero y la «Luger».

Acompañado de Janssen, abandonó la estancia.

Palpé los bolsillos, comprobando que aún estaba en posesión de la cajetilla de tabaco.

—¿Puedo encender un cigarrillo?

—No.

Joseph no contaba con la cara de bestia de su compañero Janssen; pero en sus ojos asomaba un destello de maldad difícilmente superable. Se acomodó entre las cajas. Al extender el brazo izquierdo para apoderarse de una botella de *whisky*, quedó visible la funda sobaquera portadora de un revólver.

Después de atizarse un trago, el muy maldito no me ofreció la botella.

Comencé a pasear por la estancia. Nervioso.

Mi situación había empeorado aún más. Frank Hedison me arrancaría la piel por delatarle, el FBI por revelar sus planes con McLerie...; aunque soy estúpido en preocuparme.

James Schaffner no me dejaría salir de aquí con vida.

¡Y pensar que todo empezó por solicitar trabajo!

—Deja de moverte, Jackson.

—Estoy nervioso... Necesito un cigarrillo y voy a fumarlo.

—Hazlo y te pisoteo las tripas hasta ver cómo las vomitas.
No dudé.

Mi única posibilidad de salvación era desembarazarme de aquel individuo. Luego, con Schaffner y los de más, sería imposible.

Encendí el cigarrillo.

Joseph se incorporó sonriendo con sádico placer.

—Estupendo, Jackson... Nos vamos a divertir.

Amago de izquierda, *crochet* de derecha...

¡Al diablo con eso!

Me dejé llevar por mi instinto de conservación. Actuando de forma poco ortodoxa.

Arrojé el cigarrillo al rostro de Joseph, mientras que proyectaba un salvaje patadón a su bajo vientre.

El individuo palideció desorbitando los ojos. Doblándose. Boqueando en busca de aire. De la caja más próxima atrapé una botella.

Al azar.

«Courvoisier».

«The Brandy of Napoleon».

Una verdadera pena estrellarlo contra la cabeza de Joseph. Éste se desplomó sin sentido.

Al abrir la puerta me encontré frente a un largo corredor. La baranda de la izquierda me permitió con templanza la planta baja del hangar. Varios coches están donados. Entre ellos mí «Corvette».

Avancé con precaución.

James Schaffner posiblemente se encontraba allí con la tal Paulette.

A la derecha del corredor se alineaban varias puertas. Al llegar a la última, descubrí mí «Luger».

En el suelo.

Junto a la entreabierta puerta.

Me incliné para recoger el arma. Con la zurda empujé lentamente la hoja de madera.

La habitación era un despacho con archivadores metálicos.

Tras la mesa escritorio estaba James Schaffner.

Con un balazo en la frente. La sangre goteaba sobre su flamante *smoking* de alpaca. Aunque paralizado por la sorpresa, instintivamente olfateé el cañón de la «Luger». Sí.

Había sido disparada recientemente.

El cañón aún estaba caliente.

Aparentemente, acababa de matar a mi segunda víctima.

CAPÍTULO X

Sobre la mesa escritorio estaba mi documentación y el dinero. Con nerviosos movimientos, casi sin atreverme a mirar el aún caliente cadáver de James Schaffner, guardé todo en los bolsillos.

En mi diestra la «Luger».

Como si temiera que Schaffner resucitara.

Al salir de nuevo al corredor quedé rígido por la aparición de Joseph. Portaba su revólver en la mano derecha. Al percatarse de mi presencia, detuvo la carrera extendiendo el brazo armado.

Apreté el gatillo de la «Luger».

Instintivamente.

Sin apuntar.

Incluso creo que llegué a cerrar los ojos en el momento de accionar el disparador.

Joseph realizó un extraño salto hacia atrás. Al chocar con la baranda de protección se dobló para, acto seguido, precipitarse al vacío.

Su cuerpo emitió un macabro sonido al tomar contacto con el suelo.

Mis dedos dejaron escapar la «Luger».

Fue como si me quemara en la mano.

Al final del corredor se emplazaba la metálica escalera que conducía a la planta baja. Lentamente, descendí los escalones.

El «Corvette» estaba a poca distancia de donde había caído Joseph.

Al situarme frente al volante, encendí un cigarrillo. No inicié la marcha hasta consumirlo. Necesitaba recuperarme de aquellas emociones. Afortunadamente, la botella de «Johnnie Walker» continuaba en el salpicadero.

Cuando las ruedas delanteras del auto presionaron una plataforma, la puerta del hangar se abrió automáticamente.

Pisé a fondo el pedal del acelerador.

Me encontré en una amplia calle. Solitaria. Envuelta en la oscuridad de la noche. Con reducida iluminación urbana. Una característica brisa me indicó la proximidad del Lake Michigan.

Fugazmente, pude leer el cartel indicador.

Bikel Road.

Ni remota idea del lugar donde me hallaba. Sólo después de circular por varias calles desemboqué cerca de la Dearborn Station. Aquella zona ya me resultaba familiar.

¿Por qué no detenerme en la primera cabina telefónica para informar a Allan Hutton? Lo ignoro.

Estaba aturdido.

Lo único cierto es que atravesé media ciudad para estacionar frente al 1243 de Vidor Street. El ascensor continuaba sin funcionar. Como un autómatasubí las escaleras que conducían al apartamento c de la tercera planta.

Pulsé el llamador.

La puerta se abrió a los pocos segundos.

—Hola, Natalie. Yo...

Natalie cerró dejándome con la palabra en la boca, pero de inmediato volvió a abrir.

—¡Phillip! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás herido?

Aún no me había percatado de mi lamentable aspecto. El golpe en la nuca y los propinados por Janssen habían manchado y estropeado mi flamante chaqueta *sport*.

Natalie me condujo hasta el salón.

Me derrumbé en el sofá.

—Voy a avisar a un médico...

—No, Natalie. Sólo he recibido un golpe en la cabeza. Sin importancia. Un... accidente de tráfico. Estoy bien.

—¿Seguro?

Natalie se había acomodado a mi lado. Lucía una bata de fantasía en nilón. La atrapé por la cintura buscando anhelante sus labios. Mis manos percibieron el calor que emanaba de su cuerpo. Aquella bata era su única prenda. Al hacer más audaces mis caricias, me rechazó.

Sonrió, turbada.

—Sí... Estás perfectamente. Bien, Phillip. Me debes una

explicación, ¿no? ¿Qué ocurrió en The Paradise?

—Surgió un compromiso.

—Eso ya lo dijo el camarero que transmitió tu encargo. Te comportas de una manera muy extraña, Phillip. Me dejaste con una torpe disculpa y ahora te presentas a avanzadas horas de la noche.

—¿Puedo quedarme aquí, Natalie? Estoy muy cansado...

Me miró fijamente.

Sus gordezuelos labios volvieron a sonreír.

—¿Ya has cenado?

—No.

Te prepararé algo rápido. Unas hamburguesas con jugo de tomate.

Jugo de tomate...

A mi mente acudió la imagen de James Schaffner desangrándose y la de Joseph despanzurrado y bañado en...

Sentí náuseas.

No obstante, respondí con un afirmativo movimiento de cabeza. Necesitaba quedar solo unos minutos.

—Enseguida estará preparado, Phillip.

Cuando Natalie hubo abandonado el salón, me precipité sobre el teléfono.

Llamaría a Alan Hutton para comunicarle todo lo ocurrido y maldecir su falta de vigilancia para protegerme.

Quedé con el dedo índice sobre el dial.

Inmóvil.

¿Contarle lo ocurrido?

Dos hombres muertos con una «Luger». El arma homicida en el lugar del suceso. Con mis huellas dactilares. Aquello, unido al accidente de George McLerie, me convertía en el asesino perfecto.

¿Cómo convencer a Alan Hutton de que yo no maté a James Schaffner?

Tenía que demostrar mi inocencia antes de establecer contacto con el FBI.

Acudí al revistero situado bajo el aparato de televisión. Un ejemplar del *Chicago Tribune*, *Elle*... y una guía de programas. Busqué la sección de espectáculos nocturnos de Chicago. Allí figuraba Aladin's Lamp con su número de teléfono y emplazamiento. Disqué el número.

Me llegó una voz femenina:

—Aquí Aladin's Lamp...

—Quiero hablar con Frank Hedison. Es urgente.

Se escuchó un teclear de cambio de línea. Tuve que indicar nuevamente mi petición ahora a un individuo. Después de unos minutos de espera, reconocí la voz de Frank Hedison:

—Soy Hedison.

—¿Me reconoce?

Hedison vaciló unos instantes.

—Sí... ¿Ocurre algo? Ya tenía que estar aquí para verme en compañía de James Schaffner.

—¿Acaso Schaffner está ahí con usted?

—No. Algún asunto le retiene, pero pronto llegará. Debe presenciar el último pase de atracciones.

—No le espere, Hedison. James Schaffner ya está muerto.

La pausa fue ahora más prolongada.

Había dejado a Hedison sin habla.

—Encontrará a Schaffner en un hangar de Bikel Road. Con un balazo en la cabeza.

—¿Cómo... cómo ha sucedido, Jackson? Estoy admirado y sorprendido.

—Resultó fácil. El propio Schaffner ordenó a sus muchachos que me llevaran al hangar. Me interrogaron. Quedó él y otro fulano. Los dos están ahora muertos.

—¿Dónde puedo localizarle, Jackson? Tenemos que hablar. Ya no es necesario el asunto de Karl Alberston. Poco después de su marcha se presentó a mi confesando su culpa y sometiéndose a la disciplina del Sindicato.

—Apuesto a que le cogió miedo.

—Es posible, pero celebro este desenlace. Alberston es un hombre valioso y ahora le necesito. El Sindicato está en peligro. Alguien ha conseguido demoledoras pruebas contra nosotros y nos somete a chantaje. Cinco millones de dólares por unos microfilmes que, en poder del Federal Bureau of Investigation, exterminarían nuestra organización en un abrir y cerrar de ojos. Oiga, Jackson... no es prudente prolongar esta conversación por teléfono. ¿Dónde puedo localizarle?

—Si ha decidido perdonar a Karl Alberston, mi trabajo ha

terminado. ¿No es cierto?

—Sí, pero...

—Olvídeme, Hedison. Me conformo con los diez mil dólares. No intente «vengar» la muerte de James Schaffner. Uno de sus hombres presenció el interrogatorio y ya está al corriente de que fui contratado por usted para eliminar a Schaffner y Alberston. No intente ninguna jugada contra mí o le pesará. Adiós, Hedison. Hasta nunca.

—¡Jackson...!

Colgué el micro.

Al abandonar el salón, encontré a Natalie que salía de una de las puertas del corredor. Resultó ser el dormitorio.

—Lo he pensado mejor, Natalie. No tengo hambre.

La joven hizo un gracioso mohín.

—Como quieras... Voy entonces a apagar el fuego de la cocina. Me reuniré contigo en unos minutos. Te permito utilizar el baño en primer lugar. ¿De acuerdo?

Como pequeño anticipo abarqué la cintura de Natalie, besando ávidamente su boca.

Se oprimió contra mí.

Sensual.

—Ahora nada interrumpirá nuestra noche de amor, Natalie.

—Nada, Phillip... nada...

Con la sangre golpeando en mis sienes penetré en la habitación, mientras Natalie se alejaba hacia el salón.

Fui al cuarto de baño, abriendo los grifos de la bañera.

Retorné al contiguo dormitorio para depositar la chaqueta en una de las sillas.

Fue entonces cuando escuché el leve y repetido «clic» en el teléfono emplazado sobre la mesa de noche.

Natalie estaba marcando un número desde el teléfono del salón.

¿A quién diablos podía llamar?

El descolgar el supletorio podía delatarme. De ahí que decidiera, con cauteloso paso, abandonar la estancia.

La puerta del salón estaba cerrada.

No obstante, me llegó la voz de Natalie:

—Tengo a Phillip Jackson en mi apartamento, jefe. ¿Qué hago con él?

La voz de Natalie se hizo más tenue.

Imposible oírla, pero ya era suficiente.

Pasé nuevamente al dormitorio, para recoger la chaqueta. Segundos más tarde abandonaba sigiloso el apartamento.

¿Para quién trabajaba Natalie?

¿A sueldo de Alberston o del mismísimo Frank Hedison?

Lo cierto es que estaba vendiendo mi pellejo. La dulce Natalie. La admiradora del gran Cliff W. Hackman.

La muy...

De buen grado le hubiera propinado una paliza, pero corría el riesgo de que llegara su misterioso jefe.

Subí al «Corvette».

Estaba cansado.

El descubrir el doble juego de Natalie había terminado por desmoralizarme totalmente.

El auto rodó sin rumbo por las calles de Chicago.

Estacioné cerca de Holy Name Cathedral. En el aparcamiento del Siroco Hotel. En el *drugstore* contiguo al establecimiento adquirí una nueva chaqueta. De los puestos de venta de periódicos tomé uno de los vespertinos. Una última edición. Figuraba un amplio comentario sobre la muerte de George McLerie. Y unas declaraciones de Paulette McLerie, sobrina del finado.

Paulette...

El periodista había logrado la entrevió en el domicilio particular de Paulette McLerie. Un apartamento del Lenya Building.

Por primera vez en aquel maldito día la suerte parecía favorecerme. Paulette McLerie...

Sí.

Tenía que hablar con ella.

Preguntarle por qué mató a James Schaffner.

CAPÍTULO XI

El Lenya Building contaba con cuatro elevadores y dos montacargas.

En el panel de recepción consulté el apartamento de Paulette McLerie. El 17-DH.

Paulette no se encontraba en el edificio. Informó el conserje y me aseguré pulsando el llamador.

Toda una cajetilla de tabaco consumí paseando por aquel largo y alfombrado corredor. Controlando a todos cuantos subían a la planta diecisiete o se aproximaban al apartamento DH.

Sobrepasada la medianoche apareció Paulette McLerie.

Intuí que se trataba de ella apenas verla salir del elevador.

Una mujer joven. Bella. Extraordinariamente hermosa. Con clase. Una hembra de ensueño. Anhelada por inalcanzable.

Sí.

Una mujer como aquélla estaba vetada a los parias.

Lucía un atrevido vestido de noche. Una estola de piel de lince se había deslizado de sus hombros. Ella la atrapó en el último momento evitando la caída. Con indiferencia la arrastró por el corredor.

No me había equivocado.

Se detuvo frente a la puerta señalizada con las siglas 17-DH.

De un bolso de mano extrajo un juego de llaves.

Abandoné la esquina que me ocultaba.

Cauteloso.

Paulette abrió la puerta accionando el interruptor del *living*. Y *antes de que cerrara me precipité sobre la hoja de madera.*

Fui yo quien cerró la puerta de seco taconazo.

—Hola, Paulette. —Sonreí.

Las bellas facciones de la mujer no se alteraron lo más mínimo.

Sólo en sus almendrados ojos surgió un leve destello.

—¿Nos conocemos?

—Soy Phillip Jackson. Estaba en el hangar de Schaffner cuando tú llegaste.

—¿De veras?

Paulette abrió su bolso para depositar las llaves.

Se lo arrebaté bruscamente.

En el interior, junto a objetos típicamente femeninos, una pequeña pistola con cachas de nácar. Un juguete capaz de enviarte al Más Allá.

—Bonita pistola, Paulette. —La sopesé para acto seguido guardarla en el bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Por qué no la utilizaste contra James Schaffner? ¿Te gustaba más mí «Luger»?

Paulette giró dándome despectivamente la espalda.

Con indiferencia.

Pulsó el botón que iluminaba el coquetón salón.

—¿Qué quieres tomar, Phillip? ¿Whisky?

Admiré la sangre fría de aquella mujer.

—Voy a llamar a la policía, Paulette. Al FBI.

Me contempló como si fuera un bicho raro.

—¿Quién eres realmente, Phillip? ¿Qué tratas de conseguir con tus absurdas acusaciones? Ciertamente fui al hangar de Schaffner. Me abrió Janssen, uno de sus hombres. Luego marchó dejándome a solas con Schaffner. No había nadie más en el hangar. Me lo dijo el propio James Schaffner.

—Te mintió, nena. Quedábamos un tal Joseph y yo.

En los carnosos labios de la mujer se dibujó una sonrisa.

—Sí... tal vez mintió para darme más confianza a aceptar sus caricias.

—¿Por qué le liquidaste?

—¿Yo? Tú quedaste allí... ¿Dices que era tu «Luger»?

Me irritó.

Sus aires de superioridad.

De ahí que le soltara un trallazo con la zurda.

Paulette trastabilló hasta tropezar en el sofá y caer sobre él.

Se acarició la mejilla.

La muy maldita me dedicó una sensual sonrisa.

—Empiezo a sospechar quién eres. El asesino contratado por

Hedison para eliminar a los traidores. Tú... empujaste a George McLerie.

—No maté a tu tío. Cayó él solito.

—Me tiene sin cuidado. ¿Eres o no el hombre contratado por Frank Hedison?

—Sí.

—Me sorprende que aún estés con vida. Hedison suele cerrar la boca a los que saben demasiado. ¿Qué quieres de mí, Phillip? ¿Estás molesto por haberte quitado la presa?

—¿Confíasas haber matado a Schaffner?

—¿Confesarlo? Sólo a ti, querido. Eres mi coartada. Fui al hangar a recoger ciertos objetos personales de mi tío. Salí de allí dejando a James Schaffner con vida. Ésa será mi versión para todos. Incluido el hipotético FBI.

—Puedo convencerte a golpes.

Paulette se reclinó en el sofá.

Los tirantes del vestido se habían deslizado sobre sus desnudos hombros, mostrando el turbador inicio de los erectos senos.

—Inténtalo.

Cualquiera de mis héroes la hubiera abofeteado a placer.

Yo soy demasiado bueno.

Me encaminé hacia el teléfono.

—No soy un asesino, Paulette. No maté a George McLerie. Sólo a Joseph y fue en defensa propia. Contaré todo al FBI.

—¿Estás loco? ¡Tú eres el culpable ideal! No seas estúpido... Tengo algo que proponerte. Algo muy interesante.

Paulette se había incorporado del sofá acudiendo a mi lado.

—Puedo proporcionarte un millón de dólares, Phillip.

No controlé la carcajada.

Hedison, cincuenta mil dólares. Y ahora, un millón.

¡Cuánto tiempo perdido tecleando la máquina de escribir por unos míseros centavos!

—¿Sólo uno, Paulette? ¿Acaso no piensas sacar cinco millones a Frank Hedison?

La mujer sí acusó ahora el efecto producido por mis palabras.

Parpadeó, estupefacta.

—¿Cómo sabes...?

—George McLerie tenía unos valiosos microfilmes que

comprometían seriamente al Sindicato. Tú eres su sobrina. Dos y dos son cuatro. Sólo que McLerie pensaba negociar con el FBI y no con Hedison.

—Ignoro cómo estás al corriente de eso, pero tanto mejor. Así sabrás que no es quimera el millón que te ofrezco. Mi tío me contó sus proyectos de retirarse a Sudamérica después de traicionar al Sindicato. Yo le sugerí que sometiera a chantaje a Hedison, pero tuvo miedo. No era ambicioso. Se conformaba con lo ahorrado. Prefería ver a todos los de la organización en poder del FBI. El microfilme lo escondió mi tío en el hangar. Si algo salía mal, James Schaffner aparecería como culpable. Afortunadamente para mí, la muerte le impidió consumar su pacto con el Federal Bureau of Investigation. Yo no temo a Frank Hedison. Con un poco de inteligencia le sacaremos los cinco millones. No le daremos ocasión a que nos descubra. Con tu colaboración será más fácil. Cinco millones es poco para el Sindicato. Máximo si pueden perderlo todo. No habrá problemas.

—¿Dónde tienes el microfilme?

—No está aquí, querido. Lo sabrás en el último momento. Cuando se vaya a efectuar el trato con Hedison. Hoy le he enviado una carta con copia del microfilme. Mañana, por teléfono, le daremos instrucciones. ¿Maduramos el plan juntos?

Paulette había enlazado sus manos tras mi nuca.

Se oprimió contra mí, ofreciendo sus entreabiertos labios. Unos labios que me besaron con devoradora pasión. Quemándome con su aliento. Todo el cuerpo femenino parecía despedir fuego.

Deslicé la cremallera de su vestido.

Paulette se separó, sonriente. Al llegar a la puerta del salón, el vestido cayó a sus pies.

—Te espero, Phillip...

Paulette se introdujo en una de las habitaciones del corredor dejando la puerta abierta.

Yo quedé en el salón.

Junto al teléfono.

Por primera vez me iba a comportar como uno de mis héroes.

Fui tras Paulette.

CAPÍTULO XII

El desayuno servido por Paulette fue calamitoso.

Nauseabundo café, tostadas quemadas y mantequilla rancia.

—Jamás desayuno en casa, querido. Soy muy mala cocinera.

—No me lo jures.

Paulette se acomodó a mi lado en el sofá del salón. Lucía un transparente *deshabillé* que permitía admirar la perfección de su bien formado cuerpo.

—¿Ya has trazado algún plan de acción?

—Sí, Paulette. A la luz del día todo es más claro. Vamos a entregar el microfilme al FBI.

—Eres muy gracioso.

—No estoy bromeando. Jamás pasó por mi mente chantajear a Hedison. Él y su Sindicato merecen algo más. El Federal Bureau of Investigation se encargará de ello. Te aconsejo que...

Interrumpí mis palabras.

Me pareció oír un ruido en la puerta de entrada. Como si alguien manipulara en la cerradura.

Al incorporarme, para acudir al *living*, *apareció súbitamente Frank Hedison. Y tras él Alex Jeffrey, Janssen y otro individuo.*

—¡Eh, muchachos...! ¡Mirad quién está aquí! —rió Hedison—. Karl, quiero presentarte a Phillip Jackson. Un tipo listo.

Karl Alberston...

Bien.

Ya estamos todos.

Paulette también se había incorporado del sofá.

Furiosa.

—¿Qué significa esto, señor Hedison? ¿Cómo se atreve...?

Frank Hedison propinó una brutal bofetada al rostro de Paulette, haciéndola caer. Acto seguido un puntapié en el pecho.

No lo pensé.

Ciego de ira me abalancé sobre Hedison proyectando mi puño derecho, con el pulgar extendido, sobre su ojo izquierdo.

Frank Hedison aulló de dolor.

Y también yo, dado que Janssen y Jeffrey comenzaron a golpearme sistemáticamente con cachiporras cortas.

Hedison, una vez repuesto, aunque sin dejar de llorar por el ojo izquierdo, les ayudó pateándome la cabeza y estómago.

Vomitó el café y las tostadas.

Paulette había sido colocada sobre el sofá.

Hedison atenazó los cabellos femeninos.

—Bueno, muñeca... En vida de McLerie has sido la altiva y orgullosa dama que miraba a todos con desprecio. Janssen me habló de tú presencia en el hangar de Schaffner. También de que, durante el interrogatorio a Jackson, se comentó cierto trato de tu tío con el FBI. Fue sencillo llegar a una conclusión lógica. George McLerie te quería mucho. Sólo te tenía a ti. Te protegió de todo pernicioso contacto con nosotros. Te dio los microfilmes, ¿no es cierto? Ayer me enviaste la copia, pero yo quiero el original. Prometo no castigar tu intento de chantaje. Me agrada la gente ambiciosa. Te daré cien mil. Con ese dinero y tu belleza nada te faltará. ¿Qué respondes?

—No sé de qué está hablando.

Frank Hedison acudió al mueble, donde se situaba el aparato tocadiscos. Del álbum seleccionó un *long-play* dedicado a los viejos temas *rock*. Lo hizo girar dando el máximo volumen al aparato.

—Empieza, Alex.

Jeffrey sonrió.

Con sádica mueca.

En su mano derecha apareció un cuchillo de corta y ancha hoja.

Paulette intentó gritar, pero Hedison fue más rápido.

Con un pañuelo taponó la boca femenina. Inmovilizó sus brazos.

Alex Jeffrey desgarró el *deshabillé*.

Sus ojos recorrieron lujuriosos el cuerpo de la mujer.

Frank Hedison chasqueó la lengua.

—Es una pena... te van a quedar unas feas cicatrices, Paulette. Cuando te decidas a hablar, sólo tienes que mover afirmativamente la cabeza. Adelante, Alex.

El cuchillo manejado por Jeffrey dibujó un trazo sanguinolento en el liso vientre de Paulette.

Fue suficiente para que la mujer moviera aterrorizada la cabeza.
Hedison quitó la mordaza.

—¿Dónde está el microfilme, Paulette?

—En... en la estafeta de Correos de Weston Bus Terminal. Un sobre a mi nombre... contiene una llave...

Es la correspondiente a una caja de depósitos de la Bates Central.

—Si has mentido...

—¡Es la verdad!

—Sí... te creo. Dame el cuchillo, Alex.

El movimiento de Frank Hedison fue rápido.

Inesperado.

Posó la afilada hoja sobre la garganta de Paulette.

De brutal tajo le seccionó la yugular.

—¡Maldito asesino!... ¡Sucio bastardo! —Aunque aturdido por los golpes traté de incorporarme para abalanzarme sobre Hedison.

Karl Alberston me propinó un patadón en la cabeza.

—¡Acabad con él! —ordenó Hedison.

Janssen extrajo una «Super-Star» y un tubo silenciador. Lo acopló al cañón.

Apuntó a mi cabeza.

Y entonces aparecieron.

Sí, amigos.

Al igual que en mis novelas policíacas.

Tras el estruendo de la puerta al ser derribada entraron con las armas en la mano.

—¡FBI!... ¡Todos quietos!

Los valerosos agentes del FBI...

Algunos viejos conocidos.

Alan Hutton.

Terry North, el supuesto camionero que me recogió al salir de prisión... Y Natalie.

CAPÍTULO XIII

Alan Hutton disfrutaba de un buen despacho en las oficinas del FBI en Chicago.

Sonrió al mostrarme los microfilmes.

—Le estamos muy agradecidos, Jackson. De no ser por usted nuevamente los abogados de Frank Hedison hubieran actuado con éxito. La muerte de Paulette McLerie se cargaría a Janssen o Jeffrey y los peces gordos en libertad. Afortunadamente, logró descubrir el escondite del microfilme.

Contemplé fijamente a Natalie.

También estaba en el despacho.

Esquivó mi mirada.

—Yo también debo darles las gracias, ¿no?

—¿Por salvarle la vida? —rió el SAC por segunda vez. Es todo un récord—. Olvídelo. Me tenía muy preocupado su ausencia de noticias, pero ahora lo comprendo al explicarme lo ocurrido en el hangar. No le hubiera creído culpable, Jackson. ¡Qué asesino deja el arma con sus huellas!

—Suspenso en mi curso de asesinato.

—¡Seguro! Nos inquietó al dejar el apartamento de Natalie. Ella se percató de su marcha y le siguió hasta el Lenya Building. Sometimos el edificio a control durante toda la noche. Esta mañana, cuando llegaron Hedison y los demás, sospechamos que era el momento de actuar. Su vida peligraba.

—¿Por qué no intervinieron en el hangar?

—Mis muchachos perdieron su rastro por las calles de Chicago. De no ponerse en contacto con el agente Natalie Green, difícilmente le hubiéramos localizado.

Esbocé una sonrisa.

—Natalie interpretó muy bien su papel de admiradora de Cliff W. Hackman.

—Alguien tenía que vigilarle sin despertar sospechas. Cualquier pregunta a la Barnett Electric y responderían que, efectivamente, cuentan con una secretaria en vacaciones llamada Natalie Green. Todo salió a la perfección.

—¿Puedo decirle algo, Hutton?

—¡Por supuesto!

—Son unos hijos de perra.

El SAC quedó con la boca entreabierta. Reaccionó arqueando las cejas. Sin dar crédito a mis palabras.

—¿Qué le ocurre, Jackson?

—Han jugado conmigo. Han arriesgado mi pellejo tratándolo como el de un gato vagabundo. Lo comprendí al ver al agente Terry North. Al supuesto camionero que me recogió a mi salida de la prisión. Desde entonces he estado sometido a vigilancia. Aumentada por mi encuentro «casual» con Natalie.

—¿De qué se sorprende, Jackson? Usted era compañero de celda de Peter Holloway. Elemento importante del Sindicato. Por primera vez un presidiario de nulos antecedentes criminales compartía la celda con Holloway. Esperamos resultados.

—Seguro. Natalie ambicionando restaurantes y *nigth-clubs* lujosos para obligarme a recurrir al Sindicato.

—Formaba parte del plan. Debe comprenderlo, Jackson. Queríamos su colaboración para exterminar a esas ratas.

—¿Por qué no la solicitaron? Era más contundente utilizar la extorsión, ¿verdad? Me engañaron con la falsa acusación de asesinato. Yo no maté a McLerie. Y lo sabían. Ustedes estaban allí, dado que aún ignoraban mi posible actuación.

El SAC dirigió una mirada a Natalie. En demanda de ayuda. Pero ella continuó con la cabeza inclinada.

—Sí... lógicamente teníamos que vigilar. Podía intentar realmente el asesinato. En la sala de masaje había dos agentes del FBI. Otro más en el piso superior. Vieron que, en efecto, la muerte de McLerie fue accidental.

—Y yo acepté para librarme de esa falsa acusación de asesinato. ¡Qué sencillo fue todo! Debí sospechar en The Paradise. Natalie me condujo hasta allí como un borrego al matadero.

Alan Hutton se incorporó.

—¡Maldita sea, Jackson! ¿No hemos jugado limpio? ¡De

acuerdo! Ya le advertí que sería capaz de pedir ayuda al averno para exterminar al Sindicato. ¡Eso era lo importante! Tampoco debe criticar mucho. Solicitó, sin presión alguna, un trabajo en el Sindicato del Crimen.

Sonreí con sarcasmo.

—¿Piensa presentar acusación?

—Sólo quiero hacerle entrar en razón, que comprenda...

—¿Me necesita para algo más? —interrumpí incorporándome del sillón—. Estoy muy cansado y permanecer aquí me produce náuseas.

—Mañana mantendremos una conversación con el fiscal. Posiblemente, en dos o tres días dejaremos de importunarle. ¿Dónde se hospeda?

Ya tenía el pomo de la puerta en la mano.

—Aún no lo sé, Hutton. Ordene a cualquiera de sus sabuesos que me siga.

Antes de abandonar el despacho dirigí mis ojos hacia Natalie.

Por primera vez nuestras miradas se encontraron.

EPÍLOGO

La azafata del avión Chicago-Nueva York me recibió con una sonrisa deseando un feliz vuelo.

Tomé asiento.

Bien.

Ya todo había terminado.

Siete días se prolongó mi estancia en Chicago. El FBI corrió con todos los gastos del hotel. Incluido el pasaje a Nueva York.

Muy generosos.

Por supuesto que también se quedaron con *mis* diez mil dólares.

Únicamente, por especial gentileza cursada desde el Departamento de Justicia de Washington, se me permitió quedarme con todo cuanto había adquirido. El «Corvette», el reloj señalatodo... El auto lo revendí para no presentarme en Nueva York con los bolsillos vacíos.

—¿Puedo sentarme?

Contemplé perplejo a Natalie.

Sin esperar respuesta, se acomodó a mi lado.

—¿Sigue la vigilancia, Natalie?

Los gordezuelos labios de la joven me dedicaron una dulce sonrisa.

—Ya no pertenezco al FBI. Presenté mi renuncia al poco de iniciarse el caso Hedison. Mi padre fue un policía veterano. Cuando en octubre de 1972 se nombraron los primeros agentes femeninos del FBI, se ilusionó en mi ingreso. Al fallecer mi padre, yo era ya agente del Federal Bureau of Investigation. Lo he sido durante dos años. Un trabajo duro, Phillip. Desagradable. Tiene que serlo para combatir la sociedad actual. Se necesita mucho valor. Yo he renunciado.

—¿Qué piensas hacer?

—No me faltará trabajo en Nueva York. Llevo cartas de

recomendación de Hutton.

—¿Por qué Nueva York?

—Quiero estar contigo. Al menos, cumplir mi promesa. Luego, tú decidirás el seguir juntos.

—¿Tu promesa? ¿Te refieres a la maravillosa y afrodisíaca noche de amor?

Natalie rió divertida.

Por el altavoz interior anunciaron la salida del avión.

—¿Qué planes tienes tú, Phillip?

—Volver a escribir. No sé hacer otra cosa.

—Publicaciones Wood, al enterarse de tu intervención en el caso Hedison, te ofreció una buena cantidad por la historia, ¿no es cierto?

—La rechacé. Conozco a Wood. Si hoy paga más, mañana me lo resta en posteriores originales. Encontraré alguna editorial honrada donde trabajar. Alguna tiene que haber.

El avión despegó.

Dentro de dos horas estaríamos en Nueva York.

Mi adorada, cruel y nauseabunda Nueva York.

Aunque tal vez con Natalie a mi lado todo fuera distinto.

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

Precio en España: 25 ptas.

NOTAS

[1] Special Agents in Charge: Agente Especial Encargado. < <

[2] Sexo en grupo. < <